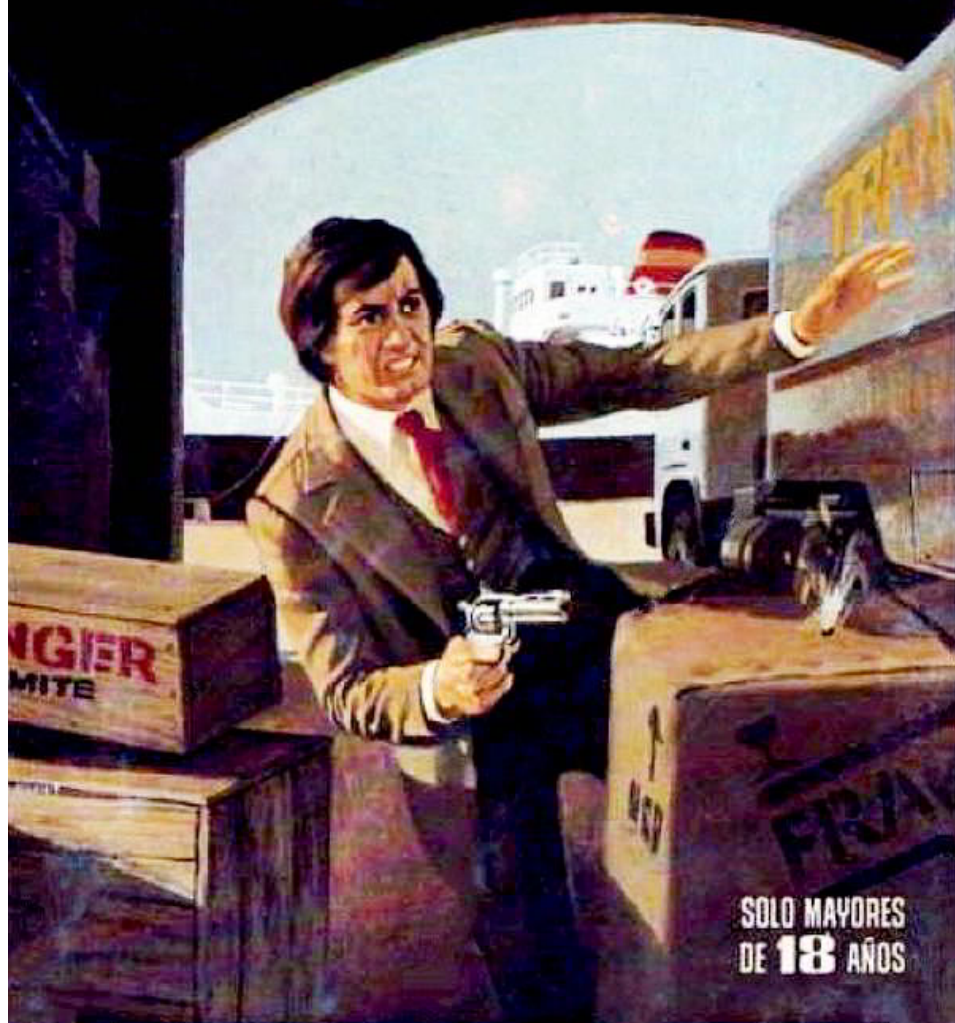


SERVICIO
SECRETO

SS

FIEBRE DEL SABADO TRAGICO

Albert Rosbund



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

Aquel viernes no fue mi día.

Yo trabajaba como agente de seguridad para la Meteor, empresa especializada en productos químicos. Para nadie era un secreto que estaba respaldada por el Gobierno y que lo que se cocía en su interior, en los laboratorios, los primeros en saberlo eran los gerifaltes de Washington.

A eso de las once, aquella mañana, cuando mi compañero Evans, el veterano, se había ido al servicio a hacer sus necesidades, apareció un detonante coche deportivo conducido por una joven de veinte años a lo sumo, muy elegante y atractiva, que miraba por encima del hombro, con suficiencia.

Le di el alto y le pedí la identificación, pues en mi registro no tenía anunciada su llegada. Es decir, no hice otra cosa que cumplir con mi deber.



Albert Rosbund

Fiebre del sábado trágico

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1574

ePub r1.0

Lds 29.01.19



Título original: *Fiebre del sábado trágico*

Albert Rosbund, 1980

Cubierta: Norma

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Aquel viernes no fue mi día.

Yo trabajaba como agente de seguridad para la Meteor, empresa especializada en productos químicos. Para nadie era un secreto que estaba respaldada por el Gobierno y que lo que se cocía en su interior, en los laboratorios, los primeros en saberlo eran los gerifaltes de Washington.

A eso de las once, aquella mañana, cuando mi compañero Evans, el veterano, se había ido al servicio a hacer sus necesidades, apareció un detonante coche deportivo conducido por una joven de veinte años a lo sumo, muy elegante y atractiva, que miraba por encima del hombro, con suficiencia.

Le di el alto y le pedí la identificación, pues en mi registro no tenía anunciada su llegada. Es decir, no hice otra cosa que cumplir con mi deber.

—Apártese —me dijo en tono despectivo, impaciente y nerviosa a la vez—. Soy la hija de Frank Garrett.

Frank Garrett era nada menos que el nuevo director general de la Meteor. Yo no tenía el gusto de conocer a su hija, así que le rogué que me lo demostrara.

—¡Imbécil! —me espetó. Y perdió el control de sus nervios, tirándome el coche encima.

Tuve que hacerme a un lado, gracias a mis buenos reflejos, para que no me atropellara, y vi cómo destrozaba la frágil barrera.

No me lo pensé mucho. Haciendo rechinar los dientes, saqué mi revólver reglamentario y efectué un disparo, agujereándole certeramente una rueda.

El flamante coche deportivo dio unos cuantos zigzags por el asfaltado camino que conducía a las instalaciones del polígono,

supongo que ella tratando desesperadamente de controlar la dirección, y al final acabó estrellándose contra una camioneta de transporte que había por allí aparcada.

Mientras, yo ya corría hacia el coche.

Cuando llegué junto a la joven, ella se encontraba pálida y quieta en el asiento, como una estatua, aferradas las manos al volante. Le ordené bajar con las manos en alto y seguidamente la registré, sin que rechistara ni ofreciera la menor resistencia. Sus piernas temblaban, apenas la sostenían.

Era, en efecto, la hija de Frank Garrett.

No sé lo que pasó entre padre e hija, pero sí sé lo que ocurrió entre Frank Garrett y yo.

—¡Es usted un loco, Randall!

—Sólo me limité a cumplir con mi deber...

—¡Podía haber matado a mi hija!

—Tiré a la rueda —le sonreí—. No crea que tengo tan mala puntería.

La sonrisa me la borró cuando ordenó que se me abonara lo que se me debiera y se me pusiera de patitas en la calle por comportamiento irresponsable.

No tuve opción a replicar. La decisión era tajante e irrevocable. Y más se enfadó Frank Garrett cuando los de Caja le informaron que mis cuentas presentaban números rojos, que era yo quien debía, pues había solicitado varios adelantos.

Era cierto. Precisamente dos mese atrás había decidido comprarme un apartamento a plazos, confiando en mi sueldo. Ahora, ¿cómo iba a afrontar las próximas letras?

Ya lo dije antes: aquel viernes no fue mi día. Y la culpa la tuvo una muchachita malcriada.

Maldiciendo *in mente* a la hija de Frank Garrett, llegué al bar restaurante del polígono para tomar la última copa y despedirme de compañeros y conocidos.

La noticia había corrido como reguero de pólvora. Muchos me dieron palmadas en la espalda y me felicitaron.

—No hay que dejarse avasallar.

—¿Qué se ha creído esa gente?

—Así se actúa, Randall.

Posiblemente muchos de ellos no hubieran actuado de esa

forma. Pero lo que más me dolió fue que a ninguno, ni siquiera a mi compañero Evans, se le ocurrió ofrecerme ayuda.

Me marché del lugar un tanto desilusionado, pilotando ni máquina de

250 cc.,

sintiendo el azote del viento en el rostro. Con toda seguridad tendría que vender la moto para conseguir algo de efectivo y afrontar los primeros pagos mientras encontraba otro empleo.

Cuando llegué a mi apartamento, sito en la East 169th Street, cerca de la Webster Avenue, en pleno Bronx, maldije la hora en que me había ocurrido comprarlo. Almorcé *whisky* con almendritas y me tumbé en el diván, repasando los anuncios del periódico que acababa de comprar por si hubiera algo interesante.

No había leído más de tres propuestas, ninguna de ellas adecuadas para mí, cuando sonó el timbre de la puerta. Como fuera un cobrador...

Me llevé una gran sorpresa al encontrarme encarado a una joven de veinte años, de pelo castaño, ondulado, rostro sensual, con unos bonitos ojos oscuros, brillantes, a quien yo ya tenía el gusto —o disgusto— de conocer.

—Hola —me saludó.

Era la hija de Frank Garrett.

—¿Qué hace usted aquí? —le espeté malhumorado.

Me dedicó una sonrisa, respondiendo:

—He venido a visitarle.

—No tengo ganas de más jaleos —le dije, disponiéndome a cerrar la puerta en sus narices.

—¡Espere! —Alargó una mano.

—¿Tiene alguna solución para mí?

—Pudiera ser.

—Hummm —la miré mejor—. ¿Ha hablado con su padre, explicándole lo que realmente sucedió?

—Lo intenté, pero mi padre nunca se vuelve atrás de una decisión tomada. Además..., no le perdona que usted disparara contra mí.

—Ajá.

—Lo siento, señor Randall.

—Perfecto. Adiós.

—¡Espere! —insistió.

Conté hasta tres y pregunté:

—¿Qué más quiere?

—¿Por qué no me invita a pasar?

—Ya le he dicho que...

—No va a haber problemas —me interrumpió, alzando su mano derecha—. Palabra.

—Está bien —acepté sin saber exactamente por qué—. Pase, explique con rapidez lo que desea y márchese. —Tengo que encontrar trabajo.

—De eso precisamente se trata —dijo cuando yo ya hube cerrado la puerta y le indicaba el camino del *living*.

Una vez nos acomodamos, tomé de nuevo mi vaso de *whisky*, sin ocurrírseme ofrecerle a ella, y comenté:

—No la entiendo.

La chica cabalgó una pierna sobre la otra, dedicándome una breve exhibición de sus portentosas extremidades inferiores, y luego susurró:

—Tengo un problema.

—No me diga —ironicé—. Creía que la gente como usted carecía de problemas.

—No se burle.

—No me burlo —dije, pero no me creyó.

—He pensado que usted podría ayudarme. Se trata de algo personal.

—Cada vez me sorprende más, señorita Garrett.

Ella abrió su bolso, sacó su cajetilla de Winston y me ofreció. Rechacé con una sonrisa.

Cuando hubo encendido su pitillo dijo:

—Pensándolo bien, serenamente, sin apasionamientos, creo que he sido la culpable de su despido. Perdí los nervios. Me encontraba algo desquiciada, tenía urgencia por ver a mi padre y... Bueno, ya le he dicho que lo siento. Más aún, al enterarme luego de la crítica situación por la que usted atraviesa. Fue entonces cuando pensé que usted podría trabajar para mí.

Aproveché su respiro para beber un trago. Ella prosiguió tras exhalar una bocanada de humo.

—Tenía intención de contratar a un detective privado, pero si

usted acepta, no hará falta.

—Yo no soy un profesional de las investigaciones privadas, señorita Garrett.

—El asunto no es difícil. Por eso he pensado en usted, así puede ganarse un dinero.

—¿De qué se trata?

—Localizar a una persona.

—Mmmm...

—Usted puede hacerlo, ¿no?

—Depende.

—Le pagaré bien.

—¿Cuánto?

—Bueno, no sé cómo se hacen estas cosas, si se paga por días o por el trabajo en sí. ¿Le parecen quinientos dólares, la mitad por adelantado?

—No está mal.

—Entonces, ¿acepta?

Apuré el contenido del vaso, pensándomelo. Decidí pasar por alto la respuesta y preguntar:

—¿Quién es esa persona?

—Pues... —vaciló ella.

—Su nombre.

—No lo sé.

Me quedé perplejo.

—Entonces, ¿cómo voy a trabajar?

—Bueno, sé que es un joven de unos veinte años, de mediana estatura...

—¿Nada más?

—Tengo esto.

Primero apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesa, luego abrió su bolso y ahora sacó un trozo de papel.

Lo tomé, mirándolo con curiosidad.

Era parte de una hojita de propaganda en la que se anunciaba un baile concurso de *rock*, bautizado con el *slogan* «Forever Elvis»^[1], a celebrar en el Bronx, en... Desgraciadamente la hojita estaba rota y faltaba el trozo donde debía hablar del lugar y de las bases.

—Mire atrás.

Por la otra cara, escrito con bolígrafo y trazo nervioso, había una fecha:

26-1-80,

y un nombre y un número: «SAM 20». Eso era todo.

—¿Y...? —pregunté.

—Esto es de él.

—¿Se llama Sam?

—Posiblemente.

—Hummm. No entiendo esto.

—¿Por qué lo dice?

La miré fijamente, mientras me abanicaba con el pedazo de papel.

—¿No me estará metiendo en un feo asunto?

—¿Cómo puede pensar eso? —Me aguantó la mirada—. Por favor... Lamento mucho lo que mi comportamiento originó... y sólo pretendo ayudarle, ofrecerle un trabajo y un dinero. Ya le he dicho que pensaba contratar a un detective privado, pero como no es ningún trabajo difícil, pensé que usted podría hacerlo y así lavaba un poco mi pecado.

—Todo eso está muy bien, pero... ¿por qué lo quiere localizar?

—Es un asunto personal, que he de tratar cara a cara con él. Ni a un detective privado ni a usted tengo por qué darles cuenta. ¿Acepta, señor Randall?

Al mismo tiempo que preguntaba, me mostró los billetes de cien dólares.

Y dije sí.

Ustedes pensarán que soy un exagerado, que aquel viernes no fue tan malo. No se precipiten y sigan atentos a las próximas páginas.

CAPÍTULO II

No había que tener mucho talento para llegar a la conclusión de que el único paso a dar era tratar de localizar el lugar donde se iba a celebrar el concurso de baile *rock*. A partir de ahí, habría que intentar conseguir alguna conexión entre este lugar, el tal Sam y el chico que le interesaba a mi clienta, pensando que podían ser la misma persona estos dos últimos.

La cosa resultó más fácil de lo que esperaba. La única discoteca que conocía —había pensado en una discoteca porque era el sitio más lógico, tras la moda impuesta por John Travolta— se encontraba a tres manzanas de mi casa, al otro lado de la Webster Avenue.

Era un local rotulado con el nombre de Diamond, sencillo, sin mucha ostentación. Desde luego, no era allí donde se celebraba el baile, pues ya me hubiera enterado. Pregunté a uno de los empleados que conocía, pero no le sonaba el concurso de marras. De todas formas, me facilitó una pequeña lista de otras discotecas del Bronx.

No hizo falta que pasara de la primera. Un joven larguirucho que escuchaba mi conversación con uno de los camareros, intervino rápidamente:

—Yo conozco ese concurso.

—¿Sí?

El chico compuso una mueca de pesar.

—Participé en él, pero caí en la segunda eliminatoria.

—¿Quién lo organiza?

—La discoteca Coco.

Estaba en mi lista. Le di las gracias y fui allí. Coco se encontraba en la barriada de Norwood, próxima al cementerio de Woodlawn.

Era una discoteca amplia, con varias pistas y buenos decorados. No había mucha clientela a aquellas tempranas horas para el negocio, pero todos los parroquianos, sin excepción, eran jóvenes, ellos y ellas, y de muy distintos pelajes, desde los que presentaban un origen inequívocamente pandillero hasta los de aire sofisticado.

La música era ruidosa, estridente. Las luces, de distintos colores e intensidades, caían sobre las pistas, mientras el resto del local presentaba una acogedora penumbra. En una jaula se contorsionaba admirablemente una chica rubia, vestida muy sucintamente, con sus pelos tan alborotados como el propio baile.

Detuve a uno de los camareros.

—Ahí tienes un sitio libre —me indicó.

—Sí, gracias —dije—. Pero estoy interesado por otra cosa.

—¿Cuál?

—¿Aquí se celebra el concurso de baile *rock* «Forever Elvis»?

—En efecto. Precisamente mañana, sábado noche, es la finalísima.

Justo la fecha escrita al dorso del papel, me dije. El veintiséis de enero de mil novecientos ochenta era el sábado.

—¿Quién lleva el concurso?

—Slim Falk, el gerente del local.

—¿Dónde está?

—En su despacho.

—Me gustaría hablar con él.

—Espere un momento.

El camarero se alejó y yo dirigí una mirada a mi alrededor, observando cuanto me rodeaba. Finalmente me decidí a tomar asiento y aguardar.

Fue en ese instante cuando se organizó el jaleo, no lejos de mí. Una pareja semioculta en la penumbra comenzó a discutir airadamente.

—¡Eh, nena! ¿Qué te pasa?

—¡Déjame en paz! ¡Largo!

—Pero ¿no quieres que te ayude?

—No de esa forma.

El chico rompió a reír. Me acerqué un poco más, curioso, y pude verle. Era un jovenzuelo de pelo rizado y ropas chillonas. La zarandeó.

Ella se rebeló, intentando ponerse en pie, pero él la abatió sobre el diván aprovechándose del peso de su cuerpo, entre risotadas.

Nadie pareció hacerles caso, unos por desidia o desinterés, otros porque estaban absortos en la música, algunos porque se hallaban enfrascados en juegos amorosos la mar de excitantes.

No sé muy bien por qué intervine. Lo cierto es que di dos zancadas más y me encontré diciendo:

—¡Tú!

El jovenzuelo no me hizo ningún caso, muy divertido en domar a la chica.

Le puse una mano en el hombro.

—¡Tú, déjala!

El jovenzuelo giró únicamente el rostro, espetándome:

—¡Váyase a tomar una copa!

—No me apetece.

Me miró iracundo.

—¿Quiere que le rompa la cara?

—A ver, inténtalo, valiente —le desafié.

El jovenzuelo me tomó la palabra. Soltó por fin a la chica y se abalanzó sobre mí como un gato furioso.

Le detuve con un golpe en el plexo solar y luego con un cruzado a la mandíbula.

Era fuerte, el condenado, y no se resintió mucho. Atacó con saña, lleno de rabia, buscando el cuerpo a cuerpo, y cuando lo consiguió, los dos rodamos por el suelo del local, entre las mesas y el asombro de los jóvenes clientes, rompiendo el hechizo de la música en muchos de ellos.

Conseguí desprenderme de él y atizarle en el estómago y en el hígado. Yo le seguí, implacable, lanzando mi puño derecho contra su rostro barbilampiño. Hice impacto y el muchacho adquirió una buena velocidad. Sin ningún control, acabó por estrellarse contra la jaula de la gogó rubia, originando el consiguiente escándalo.

Llegué hasta él y esperé a ver si se levantaba. Lo intentó con sus escasas fuerzas y entonces lo derribé de un puntapié. La gogó me miró con cierta admiración.

—Un beso para el tigre —dijo. Y sin pensárselo mucho me echó los brazos al cuello y estampó sus labios en los míos—. Mi nombre es Edna —dijo seguidamente.

—Jim —le dediqué una sonrisa. Me escabullí de sus sedosas garras y me dirigí hacia la chica molestada.

Era una joven de no más de veinticinco años de edad, pelirroja, de grandes ojos verdes, vestida con un sencillo traje azul celeste que realzaba su exquisita figura.

—Siento lo que le ha pasado por ayudarme —dijo con una voz melodiosa.

—No se preocupe. ¿Está bien?

—Perfectamente.

—Mi nombre es Sharon. Le estoy muy agradecida.

—Jim Randall —estreché su mano—. ¿Le conocía mucho?

—De hace unos momentos —hizo un mohín de disgusto—. No pensé que pudiera ocurrir esto. Se creyó lo que no era.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —tronó entonces una voz masculina.

Hacia nosotros venía un hombre rechoncho, de mediana edad, vestido con un traje de chaqueta gris y con un habano humeante entre los gruesos labios. Le acompañaba precisamente el camarero que me había atendido momentos antes.

La chica llamada Sharon se adelantó a mí y le dio las explicaciones pertinentes. Luego, el camarero agregó:

—El es quien quiere hablar con usted, señor Falk.

—¿Busca empleo? —preguntó encarándome—. Nos hacen falta vigilantes del orden. A veces hay problemas como éste. Los pandilleros y gamberros proliferan. Usted ha demostrado ser contundente y efectivo —desvió su mirada hacia el todavía inmóvil e inconsciente jovenzuelo.

—No me interesa eso —rechacé.

—¿Entonces?

—Estoy tratando de localizar a una persona —respondí, observando que cada vez se acercaba a nosotros más gente—. ¿Es preciso que hablemos delante de todo el mundo?

—No. Venga conmigo. ¡Peter, Hank! —Ladró—. ¡Encargaos de sacar fuera a éste!

Dos empleados se apresuraron a cumplir con el encargo, tomando al revoltoso por las axilas y los pies para sacarlo del local.

Yo fui tras el gerente. Desaparecimos por una puerta disimulada y por un estrecho y corto corredor llegamos hasta su despacho,

amplio y confortable, todavía flotando en el ambiente el aroma del habano que fumaba.

—Bien —exclamó—. Primeramente dígame quién es usted.

—Me llamo Jim Randall.

—¿Y cuál es su oficio?

—Pues... realizo una investigación privada. Ya le dije, busco a una persona.

—¿A quién? —preguntó sin pedirme más explicaciones ni solicitarme licencia alguna, cosa que le agradecí in mente.

—Al dueño de este trozo de papel.

—A ver.

Se lo alargué.

—Sí, esto es nuestro —lo miró y requetemiró—. Pero a saber...

—¿Se ha fijado en los datos de detrás?

—Sí.

—Esa fecha es mañana.

—En efecto.

—Precisamente cuando se celebra la final del concurso de baile *rock*.

—¿Y qué piensa?

—Tal vez este papel pertenezca al tal Sam... y pudiera estar apuntado.

—Hum.

—¿Puede averiguarlo?

—Desde luego. Pero había muchos Sam apuntados al concurso.

—¿Y para la final?

—Para la final se han clasificado cinco. No recuerdo si alguno se llama Sam. Ahora lo compruebo.

Tomó una carpeta que tenía sobre la mesa escritorio y extrajo unos papeles.

—Aquí están los cinco finalistas con sus datos: Ronald Mavis, Jack Arnold, Peter Donnelly, Buck Jasper y Sam MacAlister. ¡Sam! ¡Sí, hay un Sam!

—Ajá. ¿Quién es él?

—No lo sé. No lo conozco, aunque lo habré visto, claro... Mire, le daré su dirección y se entiende con él.

—Gracias —le dije cuando me entregó un papel con los datos anotados.

Tras abandonar el despacho, comprobé que el local había recobrado su ritmo normal con sus bailones, sus extrañas luces y su música. Sólo la gogó rubia no se encontraba en su sitio, pues estaban recomponiendo la jaula para que pudiera seguir sus contorsiones.

Precisamente se hallaba acodada en la barra, esperando. Me hizo una seña y me aproximé.

—Hola, tigre.

—¿Qué hay, encanto?

—Lleva cuidado con Billy. Es un mal bicho.

—¿El revoltoso?

—Sí.

—Gracias por el aviso.

Llamé la atención del barman. Cuando se acercó, primero le pregunté a ella si quería tomar algo. Rechazó con una sonrisa y yo pedí un *bourbon*. Mientras me lo servía, pregunté:

—Amigo, ¿conoce a un tal Sam MacAlister? Es un joven que debe frecuentar este local, al menos está clasificado para la final del concurso de baile *rock* de mañana...

El barman no se inmutó.

—No me suena. Vienen tantos por aquí... Tres dólares.

Deposité las monedas y entonces la gogó dijo:

—Yo sí lo conozco.

—Entonces me podrás ayudar —dije.

—Sólo le conozco un poco —agregó ella—. De venir por aquí. ¿Por qué has preguntado por él?

—Quiero charlar con Sam. ¿Está aquí?

—¿No le conoces?

—No.

—Pues no está. Hace ya un par de días, que no aparece por la discoteca.

—Vaya —musité, bebiendo un trago de *bourbon*—. Mala suerte. Ya lo encontraré.

—¡Edna, a tu sitio! —gritó uno de los camareros—. ¡Ya está arreglada la jaula!

—Me voy, tigre. Suerte.

—Hasta luego, preciosa.

La chica se alejó con un buen contoneo de caderas. Yo desvié mi

mirada de ellas y la desparramé por el local, pensando que no tendría más remedio que acudir a la dirección facilitada por el gerente de la discoteca. Mis ojos se detuvieron en la figura solitaria que ocupaba una de las mesitas del fondo izquierdo. Era la muchacha llamada Sharon.

Me acerqué a ella, llevando el vaso mediado de licor en la mano. La joven bebía un combinado a pequeños sorbos, con aire pensativo.

—¿Todavía aquí?

—Ya ve —me sonrió.

—¿No volvió a molestarla el energúmeno?

—No.

—La veo aburrida —observé.

—Un poco.

—La acompañaré un rato, si no tiene inconveniente.

—En absoluto.

Tomé asiento, frente a ella, depositando el vaso sobre la mesita.

—No me dijo su nombre completo, si no recuerdo mal. Sharon ¿qué más?

—Sharon... —dudó un instante y luego añadió con rapidez—: Barton. Sharon Barton.

—¿Ha quedado con alguien?

—No. He venido porque... porque me gusta el ambiente. Lo paso bien.

—Ajá.

Bebí un nuevo trago, sin dejar de observarla.

—¿Usted encontró lo que quería?

—Digamos que me estoy aproximando a lo que busco.

—¿Puede saberse?

—Eso es secreto profesional.

—¿Secreto profesional? —Arqueó una de sus depiladas cejas—. ¿Cuál es su profesión?

—Investigador privado —contesté, cada vez más convencido de ello. Al final acabaría creyéndomelo.

—Oh. Muy interesante.

—¿Y usted qué hace?

—Trabajo como taquígrafa en una empresa. Pero ahora estoy de vacaciones.

—Entonces, ¿no es de New York?

—Sí, vivo en Manhattan, en el barrio de Gramercy.

—Hum. Podríamos vernos en otra ocasión más favorable. ¿Le parece?

—Bueno.

—¿Cuál es su teléfono?

—Déme el suyo y su dirección, si no le importa.

—¿Por qué? —pregunté un poco extrañado.

—Tal vez me interese un investigador privado dentro de poco.

—¿Sí? —dije, incrédulo. Presentí que podía estar metiéndome en otro lío—. Está bien.

Tomé una de las servilletas de papel y en ella anoté mis datos.

—Vive aquí, en el Bronx —observó.

—Sí.

—Eso le da más puntos.

Forcé una sonrisa.

—Ahora la tengo que dejar —dije, apurando mi copa—. He de continuar mi trabajo.

Desde luego que ha sido un placer conocerla, señorita Barton.

—Gracias por todo —me alargó su diestra.

—Espero que volvamos a encontrarnos —dije, mientras la estrechaba.

—Seguro —me dedicó una amable sonrisa. Realmente era una mujer con mucho atractivo.

Me puse en pie y me alejé con su bella imagen impresa en mi cerebro. Salí del local no sin antes recibir un gesto de despedida de Edna, la rubia gogó.

La tarde comenzaba a declinar. Sam MacAlister vivía al otro lado de la Bronx River Parkway, en Williams Bridge. Así que tomé la moto y salí a la West Gun Hill Road. Pronto escuché tras de mí el potente ruido de otra moto, giré el rostro y vi al energúmeno de pelo rizado, el tal Billy, que venía hacia mí armado con una cadena.

CAPÍTULO III

Maniobré rápidamente, haciéndome a un lado para esquivar el cadenazo, pero corría peligro de salirme de la calzada, así que opté por acelerar y tomarle una delantera, pasando intrépidamente a un furgón.

Por desgracia no conseguí despegarme mucho. El jovenzuelo vino implacablemente detrás, dispuesto a no fallar el próximo golpe.

Cruzamos la Bronx River Parkway a una velocidad endiablada, sorteando vehículos y provocando que más de un conductor nos llamara la atención con la bocina.

Seguidamente doblé a la izquierda por White Plains Road. Pensé que algún policía de tráfico se podía fijar en nosotros y entonces el loco y vengativo muchacho me dejaría en paz.

No sucedió así. El chico, tomándose muy en serio eso de los ángeles del infierno que tanto furor habían causado años atrás, logró colocarse otra vez a mi altura, forzando al máximo su máquina, cerrándome la salida por la izquierda y por tanto encontrándome atrapado porque delante tenía un coche ranchera que parecía ir de paseo, eso me pareció en aquel momento, aunque debía circular lo menos a setenta millas por hora.

El jovenzuelo rió como un poseso y repitió su intento. Esta vez no conseguí esquivar del todo la maldita cadena y me alcanzó en un hombro. A punto estuvo de derribarme, pero milagrosamente, gracias también a mi pericia, logré mantener el control en el último momento.

Cuando se colocó otra vez a mi altura, no esperé su ataque. Ya había tomado una drástica determinación. Saqué la pierna izquierda al aire y la proyecté contra su máquina, alcanzándola. El jovenzuelo

aulló, saliéndose del carril, esquivando a los coches que se le venían encima y originando un gran escándalo de bocinazos.

No me preocupé más de él y doblé por la East 219th Street, camino de la casa de Sam MacAlister, respirando satisfecho e intentando relajarme.

Pero no duró mucho la dicha.

Al cruzar Barnes Avenue, la moto del jovenzuelo volvió a aparecer de pronto. Creo que escuché su grito de júbilo por haberme encontrado rápidamente y salió como una flecha detrás de mí.

Nuevamente quiso hacer uso de su cadena. La oí silbar por encima de mí. En el último instante mi mano izquierda abandonó el manillar y atrapó la cadena. Corrimos durante unos segundos agarrados a ella, sin querer dar ninguno su brazo a torcer, formando un curioso número circense.

Pero aquello no era una carretera, simplemente una calle. De pronto, un camión de reparto de bebidas apareció por el frente, necesitando todo el espacio de su lado, precisamente por donde circulaba el lunático muchacho.

Al verse venir el camión encima, chilló desaforadamente, yo solté la cadena, él desvió el manillar, pero ya no pudo controlar la máquina una vez salvó al camión y se subió por la acera, estrellándose ruidosamente contra la pared entre el terror de los transeúntes. Yo continué mi camino desentendiéndome totalmente del asunto.

Sam MacAlister vivía en un feo y sórdido callejón ubicado entre las avenidas Givan y Burke, en un edificio cochambroso, antiguo, de ocho pisos. Aparqué la moto, colocándole la cadena de seguridad, y detuve a una oronda mujer que en esos momentos acababa de salir del patio.

—Hola, buenas.

La señora me miró de arriba abajo, apretando con más fuerza su bolso.

Le sonreí para tranquilizarla.

—¿Conoce a Sam MacAlister?

—Ah, sí, los MacAlister.

—¿Los?

—Los padres e hijos —puntualizó, disminuyendo su

desconfianza—. ¿Los busca?

—Sí. ¿En qué puerta viven?

—La doce.

—Gracias.

Subí aprovechando mis piernas porque el pseudoedificio carecía de ascensor. Cuando me abrieron la puerta me encontré con una señora cincuentona, regordeta y sudorosa, el entrecano pelo recogido en un moño en la nuca. Su rostro expresaba cierto aire de desesperanza.

—Lo siento. No compro nada —dijo, y fue a cerrar la puerta de inmediato.

—¡Aguarde! —me precipité.

—Si es cobrador, tampoco puedo pagarle. No tengo dinero en estos momentos.

—No se trata de nada de eso.

Me escrutó mejor con sus ojos oscuros. Se pasó un dedo por debajo de la nariz y dijo:

—Está bien. Adentro.

No pasé del recibidor. Su enorme humanidad se interpuso, los brazos en jarras.

—Supongo que usted es la señora MacAlister.

—Sí.

—Busco a Sam.

Hizo una mueca.

—¿A ése? —espetó—. ¿Quién es usted, un amigo suyo, otro golfo como él?

—Ni siquiera le conozco —me sinceré, observando que la mujer no parecía tener mucho aprecio por su hijo—. Simplemente le estoy buscando por un encargo privado.

—¿Está metido en problemas? —arrugó el ceño.

—Que yo sepa, no.

—Hummm... No me fío de él un pelo. No será usted de la policía, ¿verdad?

—No, señora.

—¿Por qué le busca?

—Ya le he dicho que es un asunto privado. Se trata únicamente de hablar con él.

—Pues lo siento. Hace un par de días que no le he visto, ni

siquiera ha telefoneado o dado señal de vida.

Apreté los labios, contrariado.

—Eso es frecuente en él —agregó desdeñosamente la mujer.

—Entonces, ¿no sabe dónde podría encontrarle?

—Ni idea. Jamás me cuenta sus asuntos, acabará igual que su padre... —Escupió al suelo.

—¿Y su marido? —pregunté.

—Mi marido es un vago y un borracho.

—¿No podría hablar con él?

—Si lo encuentra... —Esbozó una sonrisa despectiva—. Búsquelo en la calle, por los bares, no sé dónde estará exactamente. No vuelve hasta la madrugada y siempre convertido en una auténtica cuba. Por las mañanas está aquí, durmiendo, sufriendo la resaca. Cobra del paro. Es un cerdo. Y Sam, en vez de ayudar en casa, se dedica a golpear por ahí. No tienen vergüenza. Tenemos que trabajar mi hija Cassie y yo. Esto es un desastre. Un día nos cansaremos de ser unas esclavas y los dejaremos. ¡Asco de vida!

Los colores habían aparecido en el rostro de la mujer, verdaderamente excitada.

—Bien —exclamé, sintiéndome un poco violento—. Lamento haberla molestado.

Di media vuelta y en ese preciso instante una llave hurgó en la cerradura y acto seguido se abrió la puerta, franqueándole el paso a una jovencita de dieciocho años, morena, de aspecto algo desaliñado.

—¡Oh, Cassie, cariño! —exclamó la mujer, yendo a ella y besándola.

—Hola, mamá.

—¿Cómo te ha ido?

—Psé —se encogió de hombros. La joven no apartaba los ojos de mí.

—Este señor busca a tu hermano Sam —la informó su madre, comprendiendo su interés.

—Oh. ¿Está metido en problemas?

—No sabemos.

—¿Por qué lo busca? —Se dirigió directamente a mí.

—He de hablar con él. Un asunto privado. ¿Tú tienes alguna

idea de dónde puede estar?

—No sé... Suele ir a la discoteca Coco. Allí se reúne con sus amigos.

—Ya estuve en ese local. Tiene que intervenir mañana no che en la final de un concurso de baile *rock*, pero nada más. No se encontraba allí.

—Pues no sé.

—¿Quiénes son sus amigos?

—Los conozco de vista. Bueno, uno de ellos sé que se llama Ronald.

Me acordé de la lista. El nombre me sonaba. Hice un esfuerzo y pregunté:

—¿Ronald Mavis?

—No sé su apellido.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No tengo datos de él. Apenas le conozco. Aunque sí conozco a la chica con la que sale.

—¿Quién es?

—Betty Foster, la hija del pastor de esta barriada. Viven en la misma iglesia. Es el templo evangelista que hay en la esquina con la Burke Avenue.

—Iré a hablar con ella —decidí.

—¿Quiere que le acompañe? —se ofreció la joven.

—No es necesario. Muchas gracias. Han sido muy amables los dos.

Inicié el camino hacia la puerta. La señora MacAlister me abrió.

—Si ve a Sam, díglele de mi parte que si tiene algo de vergüenza, venga por aquí.

—Lo haré.

—Adiós, señor...

—Randall. Jim Randall. Perdona que no se lo dijera antes. Repito mi agradecimiento.

Hasta otra.

Finalmente salí del edificio aquel. En unos minutos el callejón se había convertido en algo mucho más sórdido y tenebroso gracias a la falta de luz natural. Tomé la moto y conduje despaciosamente hasta localizar la iglesia.

Era un templo de construcción moderna, aunque pequeño y

poco cuidado. Un pobre inválido se hallaba tirado en la puerta pidiendo limosna.

Le di un dólar y traspuse el umbral. El templo se encontraba vacío, sin un alma, frío, incluso hostil. Los bancos estaban perfectamente alineados, algunos tapices con motivos religiosos colgaban de las paredes y el altar, al fondo, era de los más sencillos.

Mis pasos resonaron fuertemente, rompiendo el magno silencio. Crucé todo el templo hasta alcanzar la puerta lateral que había a la altura del altar. Por allí me colé, a la búsqueda de alguien que me diera razones.

Finalmente escuché unas voces. Provenían del pasillo de la izquierda.

Me adentré, decidido.

—¿Cómo te atreves a decirme que estás arrepentida? —chillaba una voz de mujer.

—No puedo seguir así, madre —replicó otra, de tono más suave—. Me voy a volver loca. Le quiero.

—¡Hablas poseída por el diablo! ¡No digas insensateces!

—¡Le quiero, le quiero!

—¡De rodillas y pide perdón!

—No.

Aparecí en la habitación en el preciso momento en que la joven recibía el primer bofetón.

—Alabado sea el Señor —dije como saludo.

CAPÍTULO IV

Era una mujer de mediana edad, alta y delgada, de rostro chupado, avinagrado. A primera vista cualquier persona la calificaría de antipática.

Me miró como si quisiera fulminarme.

—¿No sabe que hay que llamar antes de entrar? —barbotó, iracunda.

—Lo siento —dije.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Jim Randall.

—¿Y qué hace aquí?

—Busco a una persona.

—¿Quién?

—Betty Foster.

La conversación había sido rápida y escueta. Me di cuenta que habíamos llegado al final y que ahora, tal vez, vendría lo más difícil. La mirada de la mujer fue hacia la joven. Ésta no tendría más allá de los dieciséis años, pero era espigada como su madre, aunque con un rostro mucho más atractivo, posiblemente porque todavía se mantenía en un estado de buen humor. Su melena era negra como ala de cuervo y sus ojos oscuros y brillantes como carbunclos.

Se encontraba acurrucada en un rincón, llorando silenciosamente.

—¿Eres tú? —le pregunté.

Ella asintió con una cabezada.

La madre dio unos cuantos pasos colocándose entre ella y yo.

—¿Por qué la busca?

—He de hablar con ella.

—¿De qué?

—Es un asunto particular.

—Ella es menor.

—Está bien —cedí, sin darle excesiva importancia—. Tengo entendido que ella sale con un chico llamado Ronald. Quiero saber dónde lo puedo encontrar. Es muy importante para mí poder charlar con él.

—¡Ese degenerado, hijo de los infiernos...! —farfulló enfurecida. Alzó un brazo y me indicó la salida—: ¡Váyase de esta santa casa! ¡No quiero gentuza!

—Se confunde —dije, armándome de paciencia.

—En absoluto.

—Yo no conozco de nada al tal Ronald. Le busco para conocerle y hablar con él.

—Achicó los ojos, brillando el interés.

—¿Por qué?

—Eso es cosa mía.

—¿Anda en problemas?

—Eso no es de su incumbencia. Creo que ya he hablado bastante con usted, señora.

Permítame...

Hice intención de caminar hacia su hija, pero ella se mantuvo firme en el sitio.

—¡Todo lo que haga ese degenerado es de mi incumbencia! ¿Sabe lo que intentó la otra noche, porque salía con mi hija? ¡Quiso abusar de ella!

Entonces saltó la joven:

—¡No es así exactamente, madre, maldita sea!

La mujer se revolvió como una fiera, los ojos llameando indignación.

—¡No maldigas en la casa del Señor!

—¡En mala hora te lo conté!

—¡Te he dicho que no maldigas! —Avanzó hacia ella con la mano en alto, pero antes de que la descargara, se la sujeté fuertemente.

—Quieta.

—¡Usted no se entrometa!

—Creo que ha perdido los nervios, señora. Tranquilícese.

Dedíquese a meditar un poco mientras yo hablo de lo que me interesa con su hija. Vamos, Betty.

Solté a la mujer y empujé a la joven hacia la salida, sin que se opusiera.

—¡Si te vas con él, no vuelvas! —le gritó la madre, muy rabiosa—. ¡Te convertirás en una perdida! ¡El Señor abandonará tu cuerpo pecador!

No le hicimos caso, continuando nuestro camino hasta la salida del templo. Ella nos siguió con un índice alzado, soltando por su boca toda una letanía de desgracias.

Enmudeció cuando dejamos atrás el portón.

—¿Qué pasa con Ronald, muchacha? —le pregunté ya fuera, en la calle, iluminados por las farolas que rodeaban el templo. La noche era fría, poco acogedora. Los dos nos subimos instintivamente el cuello de nuestras ropas.

—Tuvimos una discusión la otra noche —respondió, sin mucha seguridad en si hacía bien o mal—. Perdimos un poco la cabeza, nos animamos..., no sé si me entiende —bajó la mirada, con cierta vergüenza.

—Sigue —la animé. Pensé que si encontraba alguien que la escuchara y atendiera, se hallaría mejor, y luego podría ayudarme en lo mío.

—Ronald quiso llegar hasta el final, pero yo me asusté y me negué —continuó con la cabeza gacha—. Entonces nos peleamos, él se puso algo violento y me insultó, me llamó tonta religiosa con reparos del siglo pasado. Eso me dolió mucho, me enfadé y me marché. Vine aquí llorando, mi madre me vio y... y como quería contárselo a alguien..., nadie mejor que ella. Se enfureció mucho y yo le prometí que no volvería a verlo, pues estaba realmente enfadada con él.

—¿Entonces?

—He pasado un día muy malo. Sé que no puedo olvidarlo y... y había decidido ir a verle, tratar de buscar una reconciliación. Yo le quiero.

—Y antes se lo expusiste a tu madre.

—Sí.

—Ahora entiendo el jaleo. Buena la has armado.

—Todo me sale mal —se lamentó, llorosa.

—¿Y tu padre?

—Está fuera unos días, en un congreso de pastores evangelistas en Baltimore.

—Ya. Siento lo que te ocurre, Betty —le pasé una mano por la barbilla—. Anda, ánimo...

—Si no hubiera cogido miedo... Son los malditos tabúes que te inculcan de pequeña. A veces pienso que nadie es libre. Todos nacemos ya un tanto marcados por los genes de nuestros padres y luego, durante la infancia, nos acaban de machacar.

—Supongo que sí.

—Pero yo quiero a Ronald —alzó la mirada—. Fui una tonta al comportarme de esa forma. Ronald es un buen chico, sé que me ama...

—Entonces no hay problema. Ve, habla con él. Seguro que os arregláis..., si es que él es comprensivo.

—Lo es.

—Animo, entonces.

—Iré a verle, sí.

—Y yo te acompañaré.

La chica compuso un gesto de desconfianza.

—¿Por qué le busca?

—Tal vez me pueda dar razón de un amigo suyo que me interesa localizar.

—¿Quién?

—Sam MacAlister.

—Ah, sí, le conozco algo.

—¿Y qué sabes de él?

—Le he visto alguna que otra vez con Ronald, en la discoteca. Nada más.

—Bien. ¿Dónde está Ronald?

—Trabajando. Hasta las siete lo hace en un almacén. Al salir acude a la discoteca. Es un enamorado de la música pop y un gran bailarín.

—Un gran bailarín... ¿Su apellido es Mavis?

—En efecto.

—Está clasificado para la final de mañana.

—Así es. Y Sam también.

—Lo sé.

Consulté mi reloj y comenté:

—Debe encontrarse ya en la discoteca. ¿Vamos allá? Asintió.

—¿Te atreves a ir en moto? Es mi medio de locomoción.

—Será emocionante.

—Verás.

Betty Foster disfrutó de lo lindo, cogida a mi cintura, con su larga cabellera negra ondeando al aire. Yo hice algunas pequeñas diabluras con la máquina para que la experiencia le resultara en verdad apasionante.

Cuando llegamos a la discoteca, ésta presentaba un ambiente muy distinto al de unas horas antes, estaba casi llena, con una gran animación y mucho humo. La rubia gogó seguía meneando su cuerpo dentro de la jaula y yo admiré su portentosa resistencia física.

Me vio y me saludó con la mano y una sonrisa. Pero en seguida dejó de interesarme. Mis ojos buscaron afanosamente a la atractiva Sharon, pero no la hallaron por ningún lado. Ya debía haberse marchado.

—A Ronald le gusta aquel lado.

Fui tras Betty, que se movía por allí como pez en el agua. Algunos jóvenes la saludaron alegremente y ella correspondió con simpatía.

Ronald ya se encontraba en su lugar favorito. Era un joven de veinte años, de cabellos negros, lisos, muy largos, casi cayéndole sobre los hombros. Sus ojos claros contrastaban bastante con su tez morena, su nariz era roma y su boca estaba formada por unos labios finos. Vestía ropas de cuero, negras, y fumaba un cigarrillo con mucha soltura.

Se hallaba acompañado de otro chico, muy semejante a él, pero nada más ver a Betty Foster le hizo una seña para que se largara.

El otro obedeció sin rechistar, confundiendo con la masa que se movía en una de las cercanas pistas al ritmo de la música de Bonnie Tyler.

—Hola, Ron —saludó ella tímidamente.

—Betty... —balbuceó al mismo tiempo que expelía el humo del pitillo.

—Éste... éste es el señor Randall.

El joven reparó en mí por vez primera. Tras observarme, arqueó

una ceja.

—¿Qué pasa? —Pareció inquietarse.

—Quiere hablar contigo.

—Oh.

—Solamente será un instante, Ronald —tercié, sin siquiera tomar asiento—. En seguida os dejaré solos y podréis hablar de vuestras cosas.

—Usted dirá.

—Se trata de Sam MacAlister.

—¡Sam!

—Necesito localizarlo para hacerle unas preguntas. Es algo urgente.

—Le puedo dar su dirección.

—Ya he estado allí. Hace un par de días que no saben de él. Tampoco aquí, en la discoteca.

—Hum —se encogió de hombros, apagando la colilla—. Me parece que no voy a poder hacer nada por usted.

—Me dijeron que eras amigo suyo.

—Bueno —hizo una mueca—, tengo alguna amistad. Sobre todo a raíz de participar en el concurso de baile *rock* organizado por esta discoteca.

—Sí, lo sé. Los dos estáis clasificados para la final de mañana noche.

—En efecto. Incluso llegamos a cruzar una apuesta.

—¿Y no se te ocurre dónde puede estar?

—No sé, la verdad. Pero no se inquiete. Seguro que mañana noche aparece. Quiere ganar el concurso y también los dólares que nos jugamos.

—Me gustaría dar antes con él.

—Pues lamento no poderle ayudar más. Desde el sábado pasado que fue la semifinal que no lo veo. Lo siento.

—Bien —exclamé, fastidiado—. Gracias por todo.

—¿Está metido en algún problema?

—No, no es nada de eso.

—Hasta otra, amigo —se desentendió de mí para mirar a la joven.

Yo también la encaré.

—Betty, suerte —le di un golpecito cariñoso en la barbilla antes

de que se sentara junto al joven.

—¿Cómo tú aquí? —le oí preguntar a él.

—Ron, quiero hablarte, creo que...

Me alejé sin escuchar más. Llegué a la barra, pedí un *whisky* al barman y me puse a meditar sobre el caso del aparentemente desaparecido Sam MacAlister. No logré elaborar ninguna conclusión convincente. Pagué la consumición y entonces se me ocurrió preguntar por Sharon, la chica por la cual yo me había pegado con un jovencuelo y que me hacía conocido a ojos de muchos de los allí presentes.

—La policía estuvo aquí y se la llevó —me informó el barman, dejándome perplejo—. Creo que también preguntaron por usted.

—¿Cómo fue?

—Pregúntele al gerente —se desentendió de mí, acudiendo a la llamada de otros clientes.

Fui a ver a Slim Falk. El hombre se puso algo nervioso al verme.

—Usted me ha traído la policía aquí, y eso no es bueno para mi negocio.

—No lo entiendo.

—Le buscaban por un accidente. Al parecer el chico ese, Billy, está muy grave.

—Ajá.

—Será mejor que se vaya de mi local..., por favor.

—No se preocupe.

Salí a la discoteca propiamente dicha pensando en mi situación, un tanto complicada. El caso MacAlister me estaba trayendo algún que otro quebradero de cabeza. Claro que si no hubiera hecho de caballero Ivanhoe...

—Hola, amigo —me saludó alguien.

Giré el rostro para encontrarme con un joven peinado a lo afro y con un pendiente en la oreja izquierda. Vestía ropas de pana, negras.

—¿Qué hay?

Miró a todos lados y luego susurró:

—Tengo entendido que busca al bueno de Sam MacAlister.

Le miré mejor. El tipo no me gustaba demasiado, pero no podía volverme atrás.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Se ha comentado por ahí. Las noticias corren por este local muy rápidas.

—Ah.

—Venga conmigo y le llevaré junto a él.

—¿No puede venir aquí?

—Está escondido. Si tiene interés...

Repito: no podía volverme atrás. Era la gran oportunidad. Una pista consistente.

—*Okay*.

Fui tras él sorteando gentes y mesas. Finalmente abandonamos el ambiente cargado de la discoteca y salimos al frío cortante de la noche.

—¿Hacia dónde? —pregunté.

Fue entonces cuando el joven me apoyó una navaja en un costado y un segundo tipo hizo acto de presencia.

CAPÍTULO V

El recién aparecido también era joven, de unos dieciocho años, rostro afilado, largas melenas y estatura mediana. No empuñaba ningún arma.

—Anda, camina hacia allí.

Me empujaron hasta un rincón en penumbra de la calleja. Estábamos solos, semiocultos por la oscuridad. Pensé que iba a pasarlo mal.

—Veamos lo que sabes —dijo el de rostro afilado, quien al parecer llevaba la voz cantante.

—¿Tú eres Sam MacAlister? —le pregunté.

Como respuesta me atizó en el estómago, incrustándome la roca que tenía por puño.

—El que pregunta soy yo, amigo. Y ten siempre presente que voy a un gimnasio a practicar boxeo. Anda, dinos cuál es tu interés por Sam.

Tardé en contestar lo que me costó recuperar la respiración. El joven pegaba duro.

—Quiero hablar con él... Sólo eso.

—¿De qué?

—Es un asunto privado.

Nuevamente me dio muestras de la potencia de su puño, castigándome el vientre.

—Me parece que no lo has entendido, hombre.

—¿Quieres que te dejemos hecho un guiñapo? —amenazó el otro, el del pelo al estilo afro, sin dejar de apoyarme la punta de la navaja en el cuello. La postura era un rato incómoda, porque estaba deseando agacharme y retorcerme a mi gusto, presa del dolor que me embargaba.

—Probemos otra vez —dijo el de rostro afilado—. ¿Quién eres tú?

—¿Qué? —balbuceé.

—¡Nombre! —exigió, dispuesto a arrearme de nuevo.

—Jim... Jim Randall...

—Profesión.

—Ninguna.

—No mientas.

—Es la verdad.

El tipo se quedó un instante vacilando, finalmente se decidió por introducir la mano en el interior de mi chaqueta y registrarme. Encontró rápidamente la cartera y la revolvió.

Menos mal que el trozo de papel con la anotación lo llevaba en un bolsillo del pantalón.

—Agente de seguridad —leyó—, sorprendido.

—En una empresa química —dije, haciendo una mueca—, pero sólo hasta esta mañana.

Me despidieron.

—Hum.

—No miento.

—Entonces, ¿por qué buscas a Sam?

—Tengo que ganarme el pan. Me propusieron el trabajo de buscarlo y lo acepté.

—Nos vamos entendiendo —me devolvió la cartera muy amablemente—. ¿Quién te lo propuso?

Echar mano del tópico del secreto profesional me pareció estúpido, dada la situación en que me encontraba. Ellos, no lo iban a comprender y me apretarían más las clavijas, hasta que escupiera un nombre.

—No lo sé.

—Así que no sabes para quién trabajas, ¿eh? ¡Tú quieres que te machaquemos!

—¡Espera! Me contrataron por teléfono. Desde luego, era un hombre. Me dijo lo que quería, que buscara a un joven llamado Sam MacAlister, y me envió con un mensajero un sobre con doscientos cincuenta dólares. Así fue, de verdad.

Se miraron entre sí.

—Creo que nos está tomando el pelo —comentó el de rostro

afilado.

—Pues voy a pinchadlo —apretó el otro.

—¡Eh! —chillé.

—¿Te lo has pensado mejor? —me preguntó el de pelo afro, con ojos brillantes.

—No vale la pena que os manchéis las manos de sangre, muchachos. No sé nada.

—Veremos.

El navajero subió despaciosamente la hoja hasta mi mejilla, amenazante, haciendo que sintiera la maldita y afilada punta. Leí en sus pupilas que estaba dispuesto a hacerme una demostración de sus habilidades, y eso no era nada bueno para mi estética.

Decididamente, en el momento oportuno, giré el rostro. La hoja se clavó en la pared con sordo ruido. Al mismo tiempo, yo ya me abalanzaba sobre el otro, rodando ambos por el suelo. Conseguí quedar encima de él y propinarle un puñetazo en el rostro, casi cerrándole un ojo. El del pelo afro ya venía hacia mi con su condenada navaja.

—¡Ahora vas a ver, cerdo! —Me escupió.

Me revolví, sacudiéndole en el bajo vientre, cogiéndole totalmente de sorpresa. No tenía buenos reflejos, el muchacho. Luego le di un patadón a la mano armada y la navaja voló por los aires.

Nos quedamos cara a cara, jadeando como bestias.

Se lanzó repentinamente contra mí, con la cabeza por delante, y consiguió embestirme.

—¡Ahora lo tengo! —gritó, logrando arrastrarme contra la pared, contra la cual chocaron mis espaldas. Intenté zafarme de él, pero el otro, ya recuperado, se echó encima y sus puños comenzaron a hacer efecto en mi anatomía.

Las cosas se me pusieron mal. Pero en ese instante sonó un silbato policial.

—¿Qué ocurre ahí? —tronó un vozarrón.

—¡La «poli»!

—¡Vámonos!

Afortunadamente se asustaron. El del pelo a lo afro tomó su navaja del suelo, conforme corría, y a los dos se los tragó la noche.

Permanecí contra la pared, tratando de recuperar el aliento. Un

policeman apareció con la porra en ristre.

—¡Quieto! —me ordenó, sin saber que era lo que más deseaba: no moverme.

—Tranquilo, agente. Ya se fueron.

—Vuélvase. Las manos en alto, contra la pared. ¡Rápido!

—*Okay* —acepté de mala gana. No tenía ningún interés en iniciar otra discusión.

Tras la inspección, accedió a que le contara lo ocurrido. Pero introduje algunas variantes.

—¿Robo? —me preguntó.

—Sí —asentí también con la cabeza. Decir lo que realmente buscaban era complicarme la vida, y tener que dar explicaciones sobre el trabajo que me habían encargado. Ni a mi clienta le gustaría, ni yo tenía licencia de investigador privado—. Robo, señor agente.

—Casi somos colegas —sonrió al curiosear mis documentos.

—Je.

—Vendrá conmigo al Precinto a denunciarlo.

—Pero...

—Vamos, hombre.

—Está bien. Déjeme recoger mi moto.

—¿Tiene moto? —me preguntó, arqueando una ceja.

—Sí.

Le llevé hasta donde tenía la máquina aparcada, junto a otras de jóvenes clientes de la discoteca. El *policeman* la miró muy fijo y luego me observó mejor.

—Oiga, usted es el tipo al que buscan mis compañeros —dijo de pronto.

—¿Cómo dice?

—El que la armó en la discoteca y luego tuvo una persecución con un pandillero por las calles, ¿verdad que sí?

Me abstuve de contestar, pero cuando llegamos al Precinto confirmaron todo. En la sala de detectives me encontré con Sharon, la cual prestaba declaración. Fue lo único que me alegró de aquella situación.

—Hola —me saludó. Creí ver un brillo de alegría en sus bonitas pupilas.

—Nos hemos vuelto a ver muy pronto —comenté, también

sonriendo—. ¿Qué ha pasado?

—Vinieron a la discoteca y no tuve más remedio que acompañarles. Al parecer alguien le denunció por la persecución...

—Siempre hay ciudadanos puntillosos.

—La policía tenía su matrícula y descripción. Sus investigaciones les llevaron a la discoteca, y entonces supieron de lo otro.

—Son rápidos.

—Procuramos serlo —terció un tipo pelirrojo y pecoso—. Soy el sargento Braddock.

Estreché su mano.

—Lamento lo ocurrido por las calles, pero no tuve ninguna culpa —le expliqué en seguida—. Sólo ayudé a esta señorita en la discoteca y al salir, el jovenzuelo ese me persiguió en su moto con una cadena, como un loco.

—Lo sabemos. No se preocupe. Sólo es una formalidad.

Me dejé llevar. Efectivamente, no hubo ningún problema. Luego pregunté por el muchacho.

—Se encuentra en mal estado —me explicó el sargento—, pero su vida no peligra.

Poco después, ya todo claro, Sharon y yo abandonamos el Precinto.

—¿La llevo a su casa?

—¿En la moto?

—Sólo tengo ese vehículo.

—Mmm...

—¿Tiene miedo?

—No —pero lo dijo sin mucha convicción.

Subió y arranqué procurando conducir despacio por las calles, camino de Manhattan.

Ella me facilitó su dirección exacta en la barriada de Gramercy. Vivía en la East 20th Street, cerca de Second Avenue, un lugar aparentemente tranquilo, con modernas edificaciones.

—¿Se asustó?

—No —sonrió, ya más serena. Durante ciertos momentos del viaje había notado su inquietud por la forma en que se agarraba a mí—. Ha sido un buen paseo.

—Lo celebro.

—Desgraciadamente, siempre nos encontramos por incidentes —

comentó, dándole un giro a la recién iniciada conversación.

—Eso parece, debe ser nuestro sino.

—Señor Randall... —dijo, cambiándose el bolso de mano. Era evidente para mí que quería decirme algo, pero no sabía cómo empezar.

—¿Sí?

—Usted me dijo que era investigador privado, pero... —Ella ya conocía la verdad sobre mi personalidad porque se había descubierto en el Precinto—, bueno, ahora trabaja como tal, ¿no?

—En efecto.

—Le dije la primera vez que tal vez necesitara de usted.

—Lo recuerdo. Estoy a su disposición, señorita Barton. ¿Qué sucede? —me interesé.

—Ya tengo trabajo para usted.

—¿Tan pronto?

—Debía averiguar algo, precisamente en la discoteca. Ahora... ahora quisiera que me ayudara a dar con una persona.

—¿Quién?

—Un joven llamado Sam MacAlister.

CAPÍTULO VI

Me quedé perplejo, asombrado. Creí no haber escuchado bien y pregunté:

—¿Cómo dijo?

—Sam MacAlister.

—Ah.

No salía de mi sorpresa. Otra mujer buscando al chico ése. Y todas recurrían a mí.

—¿Qué dice?

Me abstuve de contarle lo que sabía y hacia, por supuesto. No deseaba complicar más las cosas. El asunto, por momentos, adquiría unos matices insospechados.

—Pues... no sé. Ya le comenté que ahora tengo un trabajo entre manos.

—Ya.

—¿Y por qué lo busca?

—Es importante para mí hablar con ese chico.

—¿Por qué?

—Cosas mías.

Parecía estar escuchándome a mí mismo. Ella agregó rápidamente:

—Por el momento permítame reservármelo. ¿Qué dice: me ayudará?

—Bueno, haré un esfuerzo —contesté porque no quería apartarme del condenado asunto y consideraba que debía estar en contacto con los que tenían relación con él.

Algo se cocía en torno a Sam MacAlister y comenzaba a preocuparme. Los golpes, por ejemplo, no los había olvidado.

—¡Estupendo! —exclamó, jubilosa—. ¿Cuánto he de pagarle

como anticipo?

—Hablaemos de eso después.

—Como quiera. Ya le he dicho que ese chico es cliente de la discoteca. Es una pista, ¿no?

—Sí. La aprovecharé.

—Yo también haré mis pesquisas.

—No hace falta.

—¿Por qué? Estoy libre.

—Se lo aconsejo.

Sonrió.

—No soy miedosa.

Me encogí de hombros, sin revelar le lo que le podía suceder porque eso hubiera significado tener que descubrirle mi otro trabajo.

—He de irme —dije—. Estaremos en contacto.

—Sí. Y muchas gracias, señor Randall.

Me dio la mano y luego la vi desaparecer por el portal de su casa.

No me marché a mi apartamento. El caso me tenía hondamente preocupado, así que opté por dirigirme hacia la dirección de mi primera clienta, Linda Garrett, a la cual transmitiría las buenas —o malas— nuevas y de paso intentaría sonsacarle de qué iba el asunto. Tenía que saber más.

Linda Garrett vivía en un costoso apartamento del Southern Boulevard, cara al Bronx Park. Según me había comentado al facilitarme la dirección, vivía sola, independiente.

Cuando llegué allí, curiosamente cerca de mis idas y venidas anteriores, ella se sorprendió al verme.

—Oh, usted —exclamó, con la puerta entreabierto, sin franquearme el paso.

—Buenas noches, señorita Garrett —dije sin ninguna convicción.

—Esto... —vaciló.

—Ya me voy, Linda —escuché entonces la voz de un hombre—. He de realizar otras visitas.

—Pase —decidió ella.

Abrió la puerta y me encontré frente a un hombre con el medio siglo ya a sus espaldas, robusto, de facciones caballunas y pelambrera plateada. Vestía un elegante traje de chaqueta gris que

le sentaba a la medida y en la mano derecha portaba un maletín negro.

—Amos Clanton —se apresuró la joven a presentar, al observar que quedábamos encarados—. Jim Randall, un amigo.

Nos estrechamos fuertemente la mano, murmurando las palabras de rigor.

—Bueno, pequeña, te dejo —le dio un beso en la frente, muy cariñoso—. Adiós, señor Randall. Encantado.

—Igualmente.

Amos Clanton se marchó en el mismo ascensor que me había subido hasta allí. La joven cerró la puerta cuando le vio desaparecer y me invitó a pasar dentro.

—Lamento si he interrumpido... —Comencé a decir.

—No se preocupe.

Llegamos a un confortable y ricamente decorado *living*, donde nos acomodamos.

—¿Hay novedades? —preguntó ella, cabalgando una pierna sobre la otra como era su costumbre, ofreciendo un gran panorama de sus macizos muslos y del color de su ropa interior.

—Vaya que sí.

Eso la excitó.

—¡Cuénteme!

—Primero quiero advertirle que no hay nada comprobado aún. Es decir, no sé con certeza quién es el chico. Lo cierto es que he dado con la discoteca que celebra el baile concurso de música *rock*. Es la Coco, en Norwood, no muy lejos de aquí. La fecha que hay en el papel corresponde a la final del concurso, mañana noche. Y ese Sam puede ser uno de los finalistas. Al menos uno de ellos se llama Sam. Sam MacAlister.

—Lo será.

—Sí, tal vez. Pero primero hay que localizarlo y preguntarle si ese papel es suyo.

—Claro. Por cierto, no le he ofrecido nada de beber. ¿Qué le apetece?

—*Whisky*, por favor.

Se puso en pie y así yo descansé la vista. Se dirigió al mueble bar, disponiéndose a preparar mi copa.

—Me alegro que esté sobre la pista —comentó, de espaldas a mí.

—Prepárese otro para usted.

Giró el rostro para mirarme.

—¿Qué?

—Le va a hacer falta.

Su rostro se ensombreció, preocupado. Hizo lo que le había indicado y luego vino hacia mí para entregarme la copa.

—Explíquese.

—Hay más cosas, señorita Garrett —bebí un sorbo, mientras ella volvía a adoptar su postura favorita—. Ese Sam MacAlister ha desaparecido, nadie sabe de él desde hace dos días, ni su familia ni sus amistades.

—Hummm...

—Pero eso no es todo. Hay más gente interesada por el. Usted no es la única.

—No..., no lo entiendo —murmuró. Me pareció que era sincera, que su sorpresa era real.

—Dos tipos me asaltaron a la salida de la discoteca. Incluso me llegaron a golpear.

—¡No!

—Sí. Por preguntar por el chico ese. Los tipos, jóvenes como él, querían saber por qué me interesaba por él, por qué lo buscaba, quién me había contratado...

Ella se alarmó aún mucho más. Deshizo su postura y exclamó con los ojos agrandados:

—¡Oh, no! ¿Lo dijo?

—En absoluto.

Suspiró, aliviada.

—Menos mal.

Hice una pausa que aproveché para beber un largo trago de *whisky*. Luego chasquéé la lengua, satisfecho de la calidad de licor, la miré fijamente y dije:

—Señorita Garrett, no me gusta esto.

—¿Es que lo va a dejar? —preguntó ella con un cierto tono de inquietud.

—No quiero trabajar en un feo y nada claro asunto. Ya se lo dije esta tarde.

—Quiere una explicación, ¿no es eso?

—Es lo mínimo. Me gustaría saber por qué me estoy jugando la

cabeza.

—Sinceramente, no lo sé.

Brinqué en el asiento.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Quiero decir que no sé por qué le ha pasado eso, señor Randall. No sé en qué líos puede estar metido ese tal Sam MacAlister.

—Bueno, ¿por qué lo busca?

—Hemos quedado que a quien yo busco es al dueño del papel, que puede no ser Sam MacAlister.

—Sí, es verdad —reconocí—. Entonces haré de otra forma la pregunta. ¿Por qué busca al chico del papel?

Ahora fue ella quien bebió un largo trago. Y a continuación me lo explicó:

—Sucedió el otro día, en el parque. Yo estaba por allí paseando, preocupada por mis cosas, mis asuntos personales, íntimos. Me encontraba muy ensimismada. De pronto, sentí un fuerte tirón y el bolso desapareció de mi brazo. Sólo vi al chico correr, alejándose, durante un breve instante. Chillé «¡al ladrón, al ladrón!», pero nadie me hizo caso.

—Eso es un robo.

—Sí.

—¿No lo ha denunciado a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—Por lo que había dentro del bolso. Mi dinero y mis objetos personales no me importan, no eran más que cien dólares y unas cuantas chucherías. Lo importante era lo otro, la carta.

—¿Qué carta?

—Una carta muy... muy comprometedora. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Lo imagino.

—Si se lo decía a la policía, saldría a la luz pública, se entrometerían a lo mejor los periodistas, y lo que es peor, se enteraría mi padre. En fin, sería un escándalo. Esas cosas se dicen, se escriben, se hacen, pero a un nivel privado.

—Ya.

—Por eso quiero resolverlo de un modo particular. En ese bolso

no iban documentos míos y en la carta sólo figura mi nombre, Landa a secas, y el de la otra persona. Por tanto, el ladrón no puede localizarnos caso de que quisiera hacernos chantaje.

—Y usted quiere dar con él para llegar a un acuerdo económico, y que le devuelva la carta.

—Exacto.

—¿Y el trozo de papel?

—Es mi única pista. Se le cayó durante la carrera. Lo vi y lo recogí.

—Ajá.

—¿Me ayudará, señor Randall?

La muchacha puso cierto patetismo en la pregunta. Me lo pensé apurando el contenido de la copa. Ella debió llegar a la conclusión de que podía decirle no y se aproximó a mí, abandonando su sitio.

—Le pagaré más —ofreció—. Pero averigüe quién fue el ladrón. Del resto me encargaré yo.

Jugueteé con la copa vacía, finalmente la deposité sobre la cercana mesa. Una mano de ella cayó sobre la mía.

—Por favor, señor Randall...

No podía negarme. El caso me atraía sobremanera, tanto como ella misma al tenerla tan cerca, vibrante y emotiva. No sé exactamente cómo se lió la cosa, pero lo cierto es que me la encontré en mis brazos y no pude sustraerme a sus encantos, a su juventud y pujanza.

Me dejé arrastrar por la vorágine de la lujuria, por su boca ansiosa y exquisita, por su espléndido cuerpo. Allí mismo hicimos el amor, sobre la alfombra.

Sólo cuando fui a penetrarla, ella se mostró remisa, pensé entonces que era virgen, pero mi necesidad era imperiosa, creía estallar de un momento a otro e hice oídos sordos a sus leves protestas, adentrándome en ella con toda mi potencia y comprobando que no había ningún obstáculo, aunque ella gritó angustiada y repentinamente se cubrió de un sudor frío, cosa que me llegó a asustar, pero luego poco a poco se tranquilizó y continuamos hasta el final, el clímax que nos colmó de placer, perfectamente.

Durante un breve rato reposamos alejados el uno del otro, laxos y satisfechos.

Poco a poco reaccioné, aproximándome a ella. La acaricié y besé. Linda gimió, mirándome agradecida con sus hermosos ojos oscuros.

—Oye...

—¿Sí? —se desperezó voluptuosamente.

—¿Qué te pasó?

—Oh... No me encuentro muy bien últimamente. Sufrí una especie de mareo.

—¿Por eso te visita el médico? —recordé al hombre del maletín negro.

—Ajá.

Ella se deslizó sinuosamente sobre mí, restregando su mejilla por mi torso.

—Jim, Jim..., continuarás, ¿verdad?

Así, desnuda y pletórica junto a mí, tras haberme hecho feliz, no se me ocurrió otra respuesta:

—Sí.

CAPÍTULO VII

No quería quedarme quieto y esperar a la noche, cuando se celebraba el concurso de baile *rock*, para ver si aparecía Sam MacAlister. Podía ocurrir —y no sería de extrañar, tal como se estaban presentando las cosas— que el muchacho no diera señales de vida.

Así que aquella mañana, duchado y aseado, me presenté nuevamente en casa de los MacAlister. Tal vez supieran del chico. Si no, posiblemente pudiera hablar con su padre, ya que las mañanas las pasaba con la resaca, según palabras de su esposa. A lo mejor él tenía idea del paradero de su hijo.

La señora MacAlister me abrió la puerta con el mismo gesto avinagrado de la tarde anterior.

—Pase, pase —me invitó muy gentilmente, nada más reconocirme.

—¿Ha sabido algo de su hijo? —le pregunté mientras iba tras ella camino del comedor.

—Precisamente iba a preguntarle lo mismo —me sonrió, dulcificando la expresión de su rostro.

—Pues lamentablemente no tengo ninguna novedad.

—Yo tampoco. No sé en qué nuevo lío estará metido, el muy bribón.

—Lo que sí es cierto es que debe tener problemas —la miré fijamente—. Hay bastante gente interesada por el paradero de su hijo. Yo tuve un serio tropiezo con un par de jovenzuelos nada amigables, me propinaron unos cuantos golpes.

La mujer mostró un sincero asombro.

—¡Este hijo mío acabará matándome a disgustos...!

—¿Usted no sabe nada, realmente? —insistí.

—Se lo juro, señor.

—Pensaba hablar con su marido. ¿Sabe?

—Sí. Duerme.

—¿Podía verle?

—Se enfurece cuando se le despierta o molesta, pero... pero éste es un caso urgente y preocupante. Ya le quise preguntar anoche, pero no hubo forma. Estaba completamente borracho y no decía más que insensateces. Venga.

Fui con ella hasta el dormitorio. Estaba completamente cerrado, a oscuras. Olía a sudor y a alcohol. La mujer subió la persiana del ventanal y un chorro de luz matinal entró a raudales.

Descubrí a un hombre robusto, de cierta corpulencia, vestido con braslip y camiseta, descansando panza abajo sobre el lecho, resoplando con fuerza de vez en cuando.

—¡Ralph! ¡Ralph! —Le zarandeó la mujer sin interrupción, bruscamente.

El soltó unos gruñidos.

—Tienes visita, Ralph.

—¡Al diablo! —barbotó, continuando con el rostro pegado a la almohada.

—Es importante.

—¡Dejadme en paz o le rompo las costillas a alguien! —amenazó.

—Mala bestia —farfulló la mujer, zarandeándole con más violencia—. ¡Levántate!

El tipo reaccionó inopinadamente, revolviéndose de pronto contra su propia esposa. La apartó lejos de sí de un fuerte manotazo, despegó sus párpados, sentado ya sobre la cama, y me miró con ojos enrojecidos, rabiosos.

—¿Quién es él? ¿Cómo te atreves a meterlo en mi dormitorio? —Ladró.

—Me llamo Jim Randall y estoy buscando a su hijo —contesté, mientras la mujer recuperaba la verticalidad y le miraba con hondo desprecio.

—¿A Sam?

—Sí.

—¿Y para eso me molesta, maldito sea usted? —barbotó—. ¡Lárguese!

—Quiero saber de él.

—¡Le voy a echar a patadas! —Se enfadó, poniéndose en pie y viniendo hacia mí.

Pero no se encontraba en perfecta forma física, a pesar de su apariencia. Me fue muy fácil detener sus golpes y responderle con rotundidad y acierto. Salió trastabillando hacia atrás, cayendo desparramado sobre la cama.

Di unos cuantos pasos hacia él y le tomé por la sucia y apestosa camiseta, como todo su cuerpo.

—Se va a portar como los buenos chicos, ¿verdad? —le dije—. Ande, hableme de su hijo.

—¡Yo qué sé de él! ¡Hace tiempo que no le veo! ¡Búsquele entre sus amigotes!

—Ellos tampoco saben de él.

—Pues yo menos.

—¿No le dijo qué pensaba hacer?

—Sólo me prometió una caja de *whisky*. Es un gran chico —esbozó una sonrisa por primera vez.

—¡Cerdos! —oí espetar a la mujer.

—¿Dónde podría estar? —insistí, sin soltarle.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no intenta hacer un esfuerzo?

—Tal vez... tal vez sepa algo Lucille Carson.

—¿Quién es?

—Una fulana a la que suele visitar. Se la recomendé yo —soltó una risita hiriente para la mujer.

Ahora escuché un portazo y él se puso a reír más fuerte. Aquello me pareció demasiado cinismo y me tomé la libertad de romperle la nariz.

Se quedó como un bendito, con la sangre corriéndole por los labios y la barbilla.

—¿Dónde la puedo encontrar? —pregunté con el puño alzado, amenazante.

Me lo dijo inmediatamente. Era una dirección no muy lejana, cuatro calles más abajo.

Lo solté, le di la espalda y caminé hacia la puerta.

—¡Ahora verás...! —rugió, encolerizado.

Fue un error hablar antes de pegar. Me volví y nuevamente le

incrusté el puño en la cara. Cobró velocidad hacia atrás, chocó contra la cama y se desplomó de mala manera, quedando inmóvil.

Definitivamente salí del dormitorio. La mujer se encontraba sentada en una butaca del comedor, llorando silenciosamente. Alzó la mirada al sentir mis pasos.

No supe qué decirle. Creo que nuestros ojos fueron más expresivos. Giré sobre mis talones y me encaminé hacia la salida de la casa.

Lucille Carson vivía en un callejón tan miserable como el de los MacAlister. Nada más ver a las dos mujeres que parecían custodiar la entrada, adiviné la clase de antro que debía ser aquel lugar.

—Anda, nene, mira qué material...

—¿Nos vamos arriba, guapo?

—Me interesa Lucille —fue mi respuesta.

Compusieron un gesto de fastidio. La rubia de los senos opulentos dijo:

—Puerta cinco.

Fui allí, encontrándome con una mujer de unos treinta y pico años, morena, con cierto atractivo, envuelta su anatomía en un batín rojo.

—Hola, buen mozo. No nos conocemos, ¿verdad?

—Me ha recomendado Ralph MacAlister.

—A ése le gusta que le hagan el francés. Soy especialista en ello. ¿Vienes a lo mismo?

—No.

La respuesta le hizo fruncir el entrecejo.

—¿Entonces?

—Ando buscando a su hijo. Al parecer, Sam solía visitarte con alguna frecuencia.

—¡Oh, ése...! —exclamó, haciendo un gesto de desagrado.

—¿Qué sabes de él?

—Hace ya algún tiempo que no le veo, ahora al parecer está encelado con una rubia. Les vi de lejos un día. ¡Mal rayo le parta!

—¿La conoces?

—¿A la rubia?

—No. Ya te he dicho que los vi de lejos. No sé quién era.

—¿Dónde podría estar Sam?

—Qué sé yo. Es un vago. Y un pillo de cuidado. Más de una vez

me robó, estoy segura, aunque no lo pude demostrar. La verdad es que me alegré cuando me olvidó. Su padre es más tratable. Le das *whisky* y...

Me lo imaginé.

—¿Qué sabes de sus amistades?

—Me trajo alguno aquí, recomendado. Sé algunos nombres: Buck, Thomas..., pero no sé dónde paran ni cuál es su tipo de vida.

—Ya. Tú debes conocer a mucho golfo de esta barriada.

—A algunos. Llevo bastantes años aquí.

—Tal vez reconozcas a alguno de estos dos cuyas descripciones te voy a facilitar...

A continuación le di los datos de los dos jóvenes que me habían asaltado a la salida de la discoteca.

—¡Eh! —exclamó—. ¡A ese del pelo afro, con el pendiente en la oreja, le conozco!

—¿Quién es?

—Un tal Ritchie. Es un fulano de cuidado. Ha marcado a más de uno con su maldita navaja.

—¡El es, en efecto! —exclamé, seguro de haber encontrado una buena pista—. ¿Dónde puedo dar con él?

—No lo sé. Pero ve al bar de Moses, está en la esquina, él se deja caer por ahí de vez en cuando. Di que vas de parte mía y seguro que te informan mejor.

—Gracias.

—¿Tienes tanta prisa? —me preguntó colocándose ante mí, con el batín abierto.

—Sí —respondí mirando hacia otro lado.

—Una pena. Por una vez que aparece un buen tipo por aquí... —se lamentó.

—Tal vez haya una próxima ocasión.

—Tal vez.

Logré salir de allí sin tener que hacer la faena y caminé presuroso hacia el bar de Moses.

Era un antro repleto de gentuza de toda laya, donde se respiraban mil olores infernales.

El nombre de Lucille rompió la frialdad creada en mi entorno, dado que mi aspecto no estaba en consonancia con lo que allí abundaba.

—Ritchie pertenece al clan de McGregor —me informaron. McGregor era un conocido pandillero de la zona—. Suelen reunirse en una planta baja deshabitada que hay cuatro manzanas más abajo. Tal vez le encuentre allí, o al menos sus compañeros le darán cuenta de su paradero. Por aquí no ha aparecido desde anteayer.

Les di las gracias y salí, sintiéndome mejor al respirar el aire de la calle. Con la moto, despacio, recorrí el breve trecho.

Dejé la máquina con su cadena de seguridad y crucé la calzada, poco transitada, igual que la acera. El local, que servía de bajo a un edificio ruinoso que pronto sería apuntalado, a primera vista aparecía desierto. Que la puerta pudiera estar cerrada daba lo mismo, porque uno de los ventanales había sido destrozado y sólo quedaba el marco.

Pasé por allí al interior. No vi más que polvo, trastos, desorden. Pero en seguida me llegó el rumor de voces, aunque sin ninguna nitidez.

Me envaré y caminé con más cuidado entre pilas de pajas de cartón y muebles deteriorados. Poco a poco identifiqué aquellas voces. ¡Perteneían a Ritchie y su compinche, sin lugar a dudas! ¡Estaba de suerte!

Pero más me sorprendí cuando tuve una visión exacta. Los dos jovencuelos se hallaban en compañía de una tercera persona. ¡Y ésta era nada menos que Sharon!

CAPÍTULO VIII

Se hallaban los tres en un rincón, aprovechando la luz que entraba por una claraboya que daba a un deslunado. Ritchie, como siempre, manejaba la navaja, y su compinche se encargaba de preguntar y golpear. Formaban, ciertamente, un curioso dúo.

Avancé sigilosamente, mientras Sharon gemía asustada a merced de los dos jóvenes canallas.

—Ya verás cómo vas a hablar, preciosidad —decía el de rostro afilado y cuyo nombre aún no conocía.

Me preocupaba sobre todo el de la navaja. Tenía que llegar hasta ellos sin que sospecharan de mi presencia, sin poderle dar tiempo de reaccionar al tal Ritchie.

Aproveché que estaban de espaldas a mí para cruzar intrépidamente una zona descubierta y situarme en mejor posición. Sharon me debió ver. Confié en que su sorpresa no me delataría y cobraría ánimos.

Así fue.

—¡No tengo nada que contar! —gritó.

—¿Ah, no?

—¿Por qué te interesas por Sam MacAlister?

—¿Quieres que te marque para toda la vida, estúpida?

Me encontraba ahora detrás de unas cajas de madera, con los labios apretados, esperando ya mi oportunidad para intervenir. Ritchie se hallaba demasiado encima de la joven. Si actuaba, ella podía correr un gran peligro.

Reflexioné rápidamente mientras el de rostro afilado la castigaba retorciéndole un pecho. El rostro de Sharon se encendió como una amapola y no pudo evitar un grito de dolor. Las ideas brotaron con rapidez en mi mente. Le hice señas para que aceptara hablar, para

que claudicara.

—E... está bien... Os lo diré... No lo soporto...

Me había entendido. Le hice todavía una indicación más, la de mayor importancia.

—Pero, por favor, alejad la navaja... Me pone tan nerviosa que no puedo coordinar...

Chica lista y extraordinaria. El imbécil de Ritchie, riendo, le hizo caso, retirándose unos pasos. El otro esbozó una sonrisa y dijo:

—Anda, somos todo oídos.

Justo entonces salí de mi escondite y me lancé en plongeón sobre el peligroso Ritchie, con toda la idea del mundo para que, al arrastrarle, nos lleváramos en el camino a su compinche.

Sharon se alejó rauda mientras los tres rodábamos en confuso montón. A mí me inquietaba sobre todo la navaja. Ritchie aún la empuñaba y ya había causado estragos.

—¡Maldito! —oí rugir a su compinche—. ¡Me has pinchado!

En efecto, el tipo tenía un corte en la cara, recibido involuntariamente durante el encontronazo. Pero no me preocupé más de él y retorcí la muñeca armada que ya había conseguido atrapar. Ritchie contraatacó, consiguiendo colocar una de sus rodillas entre él y yo, tomar impulso y desprenderse de mí. El otro, con el brazo izquierdo algo inútil y sangrante, vino hacia mí, al igual que Ritchie, cada uno por un lado, intentando colocarme entre dos fuegos.

—¡Otra vez tú, entrometido! —Gruñó Ritchie—. ¡Esta vez no te vas a escapar sin que te raje!

Me lanzó un tajo y yo me aparté oportunamente, logrando esquivarle, pero todo estaba estudiado, no tenía escape, porque allí me esperaba el otro, el cual, con su brazo bueno, me golpeó en un costado. Le repliqué con un puñetazo al plexo solar, pero lo burló con su habilidad de neopugilista. Seguidamente me colocó otro golpe —¡y eso que estaba herido!— dejándome clavado, casi sin respiración.

Ritchie lanzó un grito de júbilo y se tiró hacia adelante, creyéndome presa fácil. En el último instante tuve las suficientes energías para girar y evitar el pinchazo. Al mismo tiempo le zancadilleé y salió rodando por el suelo, entre maldiciones.

El otro decidió intervenir de nuevo, pero entonces una caja de

madera estalló en su cabeza. Pude ver a una Sharon sonriente y asustada a la vez mientras el tipo caía como un saco de patatas, con los ojos en blanco.

Faltaba Ritchie. Nuevamente estaba dispuesto a la carga. Avanzó hacia mí, sonriendo perversamente. Moviendo la mano que empuñaba la navaja.

—No se va a escapar, cerdo —masculló.

Amagó un golpe, intentando sorprenderme, pero estuve atento y conseguí atraparle la muñeca armada. Ahora sí que no se me escapó. Se la retorcí sin piedad, hasta que soltó el arma. Luego le estrellé un puño en la cara y le machaqué el estómago y el hígado, llevándolo como un pelele de un lado a otro. Finalmente un cruzado al mentón lo derribó, dejándole tirado en el suelo, arrastrándose como un gusano.

Corrí a por la navaja, seguido por Sharon.

—¿Cómo ha dado con nosotros?

—Ya se lo explicaré. Ahora tenemos que hablar de cosas más importantes, ¿no cree?

—Sí.

Llegué hasta el vencido Ritchie, el cual jadeaba como un perro moribundo. Me acuclillé junto a él y le puse la navaja en el cuello.

—Ahora vamos a jugar a lo que a ti tanto te gusta —le dije, sonriendo con un poco de ferocidad.

Tembló, desorbitando los ojos.

—No...

—Será un placer pincharte, ya lo creo. Veamos. ¿Por qué ese interés por la señorita y por mí?

No contestó.

—Eres un idiota —le espeté, y moví la muñeca ligeramente. El gritó y unas gotitas de sangre perlaron su cuello.

—Mal... dito...

—La yugular no está lejos.

—No sé mucho.

—Lo que sepas.

Tragó saliva con dificultad, haciéndose el ánimo.

—Simplemente nos contrataron. Fess nos dio dinero para asustarle y averiguar por qué buscaba a Sam MacAlister. Luego nos pidió lo mismo con la chica.

—¿Fess?

—Fess Elmore.

—¿Quién es?

—Un amigo.

—¿De la discoteca?

—A veces va por allí, pero lo conozco sobre todo de verlo por el bar de Moses.

Le dirigí una mirada a la joven, la cual asistía silenciosa al interrogatorio.

—¿Lo conoce?

—¿A ese Fess? No.

Volví a encarar a Ritchie.

—¿Eso es todo?

—Sí. Se lo juro.

—*Okay*. ¿Dónde puedo encontrar a ese Fess?

—En el bar de Moses. Allí teníamos que darle cuenta dentro de un rato.

—¿Me conoce personalmente?

—Creo que no. Pero desde luego tiene sus datos.

—Hum —murmuré preocupado. Eso podía significar alguna otra persona implicada en el juego..., o tal vez se lo hubieran comentado en la discoteca, simplemente. Pero la desconfianza reinaba dentro de mí.

—Déjeme, por favor —suplicó.

—Seguro. Antes dame una descripción de ese Fess.

—Es joven como yo, de pelo rubio, largo, una gran nariz, ojos grises... Viste a la usanza vaquera.

—Vale.

—¿Me deja libre?

—Una última pregunta. ¿Conoces a Sam MacAlister?

—Sólo de vista. Nunca he tenido amistad con él.

—¿Y dónde para?

—Nadie lo sabe. Creo que Fess también anda interesado en su localización. Al parecer, se ha esfumado.

—Ajá.

—¿Qué? —Me miró con ojos ansiosos.

Le di un nuevo mandoble, con ganas, y lo envié al mundo de los sueños. Seguidamente Sharon y yo buscamos unas cuerdas y nos

entretuvimos en atarlos y amordazarlos.

—¿No avisa a la policía? —me preguntó ella, sorprendida por mi comportamiento.

—Todavía no.

Terminamos la faena y nos quedamos mirando fijamente. Me humedecí los labios con la lengua y dije:

—Creo que tiene algo que contarme, ¿no?

—Igual que usted —me replicó.

—¿Sí?

—No me dijo la verdad. Ahora lo sé. Usted también buscaba a Sam MacAlister.

—Cierto —reconocí—. Y observo que hay mucha gente interesada por el chico. ¿Cuál es su historia?

—¿Y la suya?

La miré preguntándome si podía confiar en ella. Introduje al mismo tiempo una mano en el bolsillo de mi arrugada chaqueta y extraje el paquete de cigarrillos.

—¡Mierda! —exclamé al verlo destrozado—. ¿Tiene usted? Uno de los golpes se lo cargó.

—Sí —rió, yendo a buscar su bolso.

Ella también encendió un pitillo. Sus ojos eran francos, claros. Decidí contarle el asunto de Linda Garrett. Ella escuchó atentamente y luego me confesó:

—Yo sólo quiero que me dé noticias de mi hermano..., si es que sabe algo.

—¿Qué hermano?

—Mi hermano Buck. Es representante de joyería. Hace unos días desapareció con el muestrario. La policía realizó unas investigaciones y llegó a la conclusión de que él era el ladrón, escapándose a algún lugar con la mercancía.

—Ajá.

—Pero yo no lo creo así. Y estoy intentando averiguar por mi cuenta qué ha pasado. Por eso me presenté en la discoteca. Ultimamente Buck era asiduo cliente. Estuve allí preguntando. Precisamente el jovencuelo aquel de pelo rizado me prometió información, pero primero quiso sobrepasarse conmigo, y estalló el jaleo. Al final uno de los allí presentes me habló de Sam MacAlister, le había visto algunas veces con Buck, pero no sabía nada de él

desde hacía unos días. Entonces fue cuando decidí contratarle para que me ayudara.

—Bien. Ahora está todo más claro.

—Tal vez ese Sam MacAlister sepa algo del robo. Curiosamente ha desaparecido casi al mismo tiempo que Buck.

—Sí. Y no me extrañaría, dada la clase de sujeto que es.

Ella dejó caer la colilla y la aplastó con el tacón de su zapato derecho.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer, señor investigador?

—Buscar a ese tal Fess Elmore y saber qué interés tiene en Sam MacAlister. Ya conozco dos versiones. Estoy ansioso por conocer la tercera.

—Iré con usted.

—No.

—Sí.

Nos desafiamos con la mirada. Ella agregó:

—Me interesa dar con Sam MacAlister.

—No se preocupe. También trabajo para usted. ¿No quedamos así?

—Desde luego; pero creo que me necesita —y miró significativamente hacia la caja de madera destrozada.

—*Okay* —acepté, apurando el cigarrillo al máximo.

Ella puso cara alegre y se colgó de mi brazo.

—¿Vamos?

La miré con una sonrisa burlona.

—Usted se cree que es ir como de merienda, ¿eh? —dije sarcásticamente.

No replicó y echó a andar, arrastrándome. Al salir arrojé la colilla a la calzada. Montamos en la moto y recorrimos las cuatro manzanas en silencio.

—Será mejor que me espere.

—¿Por qué?

—El lugar no es muy recomendable.

Fue a protestar, pero en ese instante se abrió la puerta del bar y aparecieron un par de sujetos, aparentemente hombres, muy abrazados y cariñosos.

Sonreí y eché a andar en solitario. En esta ocasión no se me prestó mucha atención. Ya era conocido. El tipo de la barra me

atendió al momento.

—¿Fess?

—Sí. Fess Elmore.

—Acaba de largarse —hizo un gesto de pena—. Un minuto antes y lo pesca.

—¡Maldita sea! —Golpeé el mostrador.

—¿Un trago?

—No, gracias. ¿Comentó adónde iba?

—Le vi hablar con Perkins, hizo una llamada telefónica y salió a escape.

—¿Quién es Perkins?

—Aquél.

Me señaló a un fulano esmirriado, con aspecto de tuberculoso, el cual se entretenía metiendo monedas en una máquina tragaperras.

—¿Quién eres tú? —me preguntó con desconfianza cuando llegué junto a él.

—Soy amigo de Lucille Carson. Ando buscando un tipo para cierto trabajo y me han recomendado a Fess —dije con aplomo.

—No creo que le interese, ahora está ocupado con otras cosas. Tal vez a mí...

—Primero quiero hablar con él —le interrumpí—. ¿Sabe adónde fue? —le dejé ver un billete de veinte dólares.

—Sí —bailotearon sus ojos—. Andaba loco tratando de localizar a un tal Sam MacAlister. Precisamente yo le he dado la pista hace un momento.

CAPÍTULO IX

Corríamos por la Bruckner Expressway, cruzando el Bronx de norte a sur por su lado oriental, camino del barrio de Schuylerville, pegado a la costa. Según las referencias que me había facilitado el tal Perkins, el joven MacAlister se encontraba refugiado en un *bungalow* —el doce— del motel Paradise, sito en Shore Drive, cara a Long Island Sound.

—Fess corrió la voz de que necesitaba localizar a ese chico —me explicó, una vez se hizo cargo de mi billete de veinte dólares—. Y varios conocidos desocupados nos pusimos a la cosa. Había un premio de cien machacantes —sonrió—. ¡Y yo he sido el afortunado!

—¿Cómo lo encontró?

—Gracias a un amigo. Trabaja para una organización de peristas. Ese MacAlister ha entrado en contacto con ellos. Ya le he dicho a Fess, porque el que advierte no es traidor, que se diera prisa..., en cuanto cierre su negocio, MacAlister volará del lugar.

Por eso yo también corría endemoniadamente. Sharon se aferraba a mi cintura, bastante asustada. Los demás vehículos que transitaban por la autopista eran vistos y no vistos. Mi máquina tragaba millas y más millas.

Cuando estuvimos a la altura de St. Raymond's

Cemetery, torcí a la izquierda, adentrándonos ya en Schuylerville y tomando la Barkley Avenue para alcanzar Shore Drive, la carretera de la costa.

El motel Paradise se encontraba en un curioso recodo, un poco alejado de la cinta de asfalto. Ocupaba una buena extensión de terreno y había rótulos por todos lados anunciando sus servicios.

Detuve la moto en la playa de estacionamiento. Apenas había tres o cuatro personas por allí desparramadas, las cuales no nos hicieron el menor caso.

No comportamos como si fuéramos una pareja que va a visitar a unos amigos y ya saben dónde encontrarlos. Localizamos el *bungalow* número doce un poco distante del edificio principal, a su izquierda. Ni parecía haber por allí gente curiosa que pudiera importunarnos.

Desgraciadamente, la única ventana estaba cubierta por unos visillos, no se veía nada.

Probé entonces con la puerta, con sumo cuidado, pero el pomo no cedió.

—¿Están? —preguntó Sharon.

—Supongo.

Pegué la oreja a la puerta, tratando de escuchar. Me llegaron voces, un poco lejanas, pero era indudable que estaban gritando, discutiendo.

—¡Podría ser de los dos, Fess!

—¡Eres un puerco!

—¡Fess! ¡No me mates!

—¡Ahora no te necesito, Sam! Además, no podría fiarme de ti.

—Sí —me despegué y le contesté a la joven.

—¿Qué vamos a hacer?

—No podemos llamar. Ese Fess debe tener un arma. Hay que sorprenderlos.

—¿Cómo?

—Será fácil forzar la cerradura. ¿Nos llevará por casualidad una horquilla?

—Sí. En el bolso.

La sacó y me la entregó, nerviosa.

—Dése prisa. Vamos a llamar la atención de seguir mucho tiempo aquí y de esta forma.

—Tranquila.

Hurgué en la cerradura hasta conseguir escuchar el suave chasquido. Entonces, el pomo cedió y fui abriendo la puerta poco a poco.

Prácticamente se daba uno de narices con la discusión que se desarrollaba en el centro de la pieza principal. La disputa había

llegado precisamente en ese momento a su punto más dramático.

—¡No, Fess, no me mates! ¡Te lo diré!

Aparecí de pronto, abalanzándome sobre Fess Elmore en el instante en que éste se revolvía para dispararme. Le reconocí no sólo por la pistola que empuñaba sino también por la descripción que me había facilitado Ritchie: era un joven rubio, narigudo, vestido con ropas vaqueras...

Rodamos violentamente por el suelo, y en una de las vueltas pude ver cómo Sharon cerraba la puerta y se encaraba al otro, el tan buscado Sam MacAlister, cortándole el paso. Sam pretendía escapar con una pequeña maleta en la mano.

Tuve que ocuparme de Fess Elmore y de que su maldita pistola no me apuntara. Le había conseguido coger la muñeca, montándome encima de él y haciendo presión con mi cuerpo, con mis ochenta y cinco kilos. Luego, le sacudí fieramente la mano armada contra el suelo, una y otra vez, hasta que soltó la pistola. Eso me confió un poco, aflojé y él aprovechó para voltearme muy hábilmente.

En ese momento observé cómo Sam MacAlister utilizaba la pequeña maleta para arrearle a la joven y apartarla así de su camino.

También vi que Fess Elmore se lanzaba desesperadamente a coger su arma. Sólo llegué a tiempo de pegarle una patada a la pistola, alejándola.

¡Y justo fue a parar adonde había sido desplazada Sharon por el golpe!

La joven la empuñó firmemente, con sus cabellos de fuego alborotados y el rostro contraído en un gesto de evidente dolor.

—¡Quieto! —le ordenó a Sam MacAlister cuando éste ya había abierto la puerta.

Se quedó clavado en el umbral. Por su parte, Fess Elmore, tumbado en tierra, ya había perdido todo su empuje, máxime cuando yo lo inmovilizaba con un pie sobre su espalda y apretando, al modo de los viejos triunfadores de peleas.

—¡Cierra y adentro! —siguió ordenando Sharon, y el muchacho obedeció sin rechistar.

—¡Bravo! —exclamé yo.

Nos miramos sonriendo y presentí que algo especial surgía entre

los dos. Ella vino hacia mí y me entregó la pistola. La tomé, al mismo tiempo que liberaba a Fess Elmore de mi yugo.

—Bien, pareja —dije—. Os quiero ver juntos, ahí sentados, como dos buenos chicos.

Obedecieron, malhumorados, mirándose entre sí con cierto odio.

—Siempre te creíste muy listo —le dijo despectivamente Sam MacAlister—. Y no sabes quién llevas a tus espaldas.

Fess Elmore se limitó a apretar los labios.

—Debías estarnos agradecidos, Sam —le dije—. Gracias a nosotros has salvado el pellejo.

—No me hubiera matado mientras no le dijera lo que quería saber —aseguró con firmeza.

—¿Te crees tan importante? —le espetó el otro, sin poderse contener—. ¡Te debí pegar dos tiros nada más verte! ¡Es lo menos que merecías por tu traición!

Sam le escupió.

—¡Basta! —corté yo, amenazando con la pistola. Los dos enmudecieron.

Me fijé entonces en Sharon. Había tomado la pequeña maleta del suelo y la acariciaba con cierto temblor.

—¿Es la de él? —pregunté.

Por toda respuesta, la abrió. Un sinfín de joyas relucieron desde el interior, llenando la estancia de atractivos fulgores. Sharon me miró y yo trasladé esa mirada de dolor a los dos jovenzuelos.

—Creo que todo esto se merece una explicación, ¿no? —dije—. ¿Quién empieza?

Fess Elmore se humedeció los labios. Parecía el más tranquilo de los dos.

—Ustedes son los que buscaban a Sam, ¿no? —preguntó.

—En efecto.

—¿Y cómo dieron conmigo?

—Por tus asalariados. Es largo de contar y no importa ahora. Vayamos a lo que me interesa, no trates de desviar la conversación. El asunto de las joyas.

Se consultaron con la mirada.

—Podríamos llegar a un acuerdo —tomó la palabra Sam MacAlister—. Entre usted, la chica y yo.

—¡Cerdo! —le espetó Fess Elmore.

—¿Cuál? —pregunté.

—Tengo una cita importante con unos peristas. Le podemos sacar a eso alrededor de un cuarto de millón..., a repartir entre los tres si me dejan en libertad.

—No, muchacho.

—No sean ambiciosos. Esas joyas están marcadas, proceden de un robo. Les costará mucho colocarlas. Yo ya tengo comprador. Mi propuesta vale la pena.

—Seguro. Pero resulta que estás equivocado respecto a nosotros. ¿Sabes quién es ella?

Primero la miró a ella, luego a mí.

—Su amiguita, ¿no?

—Es la hermana de Buck Barton.

Palideció intensamente.

—¿Comprendes ahora?

Sharon dio unos pasos hasta él.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Qué ha sido de Buck? —preguntó ansiosamente.

—Pregúntele a Fess.

—¡Traidor! —Le escupió el otro—. ¡Después de hacerte el trabajo sucio, nos dejaste limpios!

Fruncí el entrecejo, encarándome a Fess Elmore.

—¿Nos? —interrogué.

El muchacho de ropas vaqueras se mordió el labio inferior, enfadado consigo mismo.

—¿Qué has querido decir? —insistí—. ¿Hay otras personas en este asunto?

—Sí. Yo —dijo entonces una voz a nuestras espaldas—. Suelta la pistola, tigre.

CAPÍTULO X

Había aprovechado que la puerta ya estaba forzada, por tanto solo había tenido que empuja la hoja de madera para entrar y sorprendernos.

Dejé caer el arma y Fess Elmore se puso en pie, recogiénola rápidamente.

Luego, giré sobre mis talones y me encaré al nuevo personaje.

—Asombrado, ¿eh?

—Sin duda, aunque ahora me explico algunas cosas.

—¿Como cuáles?

—De qué forma supo en seguida Fess Elmore de mí y de Sharon. Tú trabajas en la discoteca y estás al tanto. Incluso creo recordar que llegué a preguntarte por Sam...

—En efecto.

Edna Green, la rubia gogó de la discoteca, sonreía muy divertida, segura de sí misma con la automática que empuñaba en la diestra, el cañón alargado y deformado por un tubo silenciador.

—Tú quieto ahí, Sam, cerdo traidor —le advirtió secamente al joven cuando quiso moverse. Fess Elmore ya había llegado junto a ella.

—Edna... —susurró el joven.

—Nos la pegaste bien, maldito cerdo. Ahora vas a saber lo que es bueno.

—¿Dónde está mi hermano? —terció entonces Sharon, que se encontraba a mi lado. A nuestra altura, sentado en el sofá, se hallaba Sam MacAlister.

—Olvídelo —le respondió la gogó.

—¡Vamos, díselo! —saltó entonces Sam MacAlister—. ¡Dile que está muerto!

Sharon ahogó un grito.

—¡Calla, Sam!

Pero el otro estaba lanzado, rojo por la rabia, y continuó diciendo:

—¡Yo no quería, pero Fess lo mató! ¡Lo enterramos en pleno campo!

—¡Calla, o te mato ya! —rugió Edna Green.

La pelirroja Sharon se había cogido a un brazo mío, apretando fuertemente. Por lo demás, se mantuvo aparentemente serena, con gran aguante.

—Déjalo que hable. Nos interesa saber cómo fueron las cosas — dije.

—Eso lo puedo explicar yo. A nosotros nos gustaría saber qué pintas tú en todo esto.

—Oh.

—Ritchie y Burbank me informaron de que al parecer trabaja para alguien —intervino Fess Elmore.

—¿Y a quién le interesa Sam?

—Se trata de un asunto personal. No tiene nada que ver con todo esto.

—Sólo lo decidiremos nosotros.

—Mejor sería empezar por el principio —opiné—. ¿Cómo se os ocurrió el golpe?

—Te lo contaré en breves palabras —concedió ella—. Buck Barton era cliente de la discoteca, Sam estableció algún contacto con él y tuvo la idea, pero para sonsacarle los datos precisos tuvo que recurrir a mí, por esas fechas él y yo nos entendíamos muy bien —le miró con odio la gogó—. El golpe lo planeamos entre los tres. Fess era amigo mío también y conocido de Sam. Parece ser que Buck los reconoció durante el asalto y Fess no tuvo más remedio que matarle. Ésa es la verdad. Y seguidamente se le enterró, haciéndole desaparecer de la circulación. Fue lo mejor. La policía creyó que se había fugado con la mercancía y no pensó en otro culpable.

—Criminales —barbotó Sharon, sin poderse contener. Yo recordaba las palabras de la fulana Lucille acerca de la nueva amiga rubia de Sam MacAlister. Todo encajaba. No era otra que la gogó Edna.

—Lo malo es que Sam jugó sucio —siguió diciendo ella, haciendo caso omiso del desahogo de Sharon—. Se aprovechó de mí, igual que de Fess, que tuvo que mancharse las manos de sangre. De repente, desapareció con la maleta donde Buck Barton llevaba el muestrario, dejándonos en la estacada a Fess y a mí, el muy hijo de perra.

—Y entonces Fess se puso a buscarlo, recurriendo a sus conocidos del bar de Moses —agregué.

Fue el propio Fess quien asintió.

—Entonces apareciste tú por la discoteca, tigre, preguntando por Sam. Eso me intrigó y avisé a Fess para que se encargara del asunto. Luego, al poco, supe que ella también había hecho preguntas semejantes. Y nuevamente puse esto en conocimiento de Fess.

Bien, ahora, ya sabemos por qué ella buscaba a Sam. Pero ¿y tú?

—Ya lo dije antes. Es un asunto personal. Sin relación con el robo de las joyas.

Edna miró al abatido Sam.

—¿Tú lo conoces?

—No —respondió.

—¿Qué asunto es ése, tigre?

Dejé escapar un suspiro, como si me costase mucho revelar mi trabajo, pero pensando que era lo ideal para alargar la conversación y esperar una oportunidad.

—Trato de averiguar si cometió un robo, nada más.

—¿Un robo? —Borró su sonrisa Edna Green—. Maldito, y decías que no tenías que ver con lo de las joyas.

—Por supuesto que no. No me refiero al robo de las joyas.

—¿A cuál? —se interesó—. A ver si el pillo de Sam tiene otros asuntos. No me fío de él.

—¡No he hecho nada más! —saltó Sam.

—¡Cállate!

—Al parecer hay sospechas de que cometió un robo en la persona de una joven que paseaba por el Bronx Park el otro día —expliqué—. Le robó el bolso por medio del clásico tirón.

—Vaya, vaya.

—La chica llevaba ahí algo de valor personal para ella, una carta, y quiere recuperarla.

—Sam...

—¡Yo no lo he hecho!

—No es seguro —reconoció—. Tenía que confirmarlo hablando con él.

—¿Cuándo fue? —me preguntó el muchacho.

—Anteayer.

—¡Imposible! ¡He estado aquí metido! Además, ¿para qué iba a robar un bolso si acababa de robar joyas por valor de más de un cuarto de millón de dólares?

Era algo que yo ya me estaba preguntando, preocupado.

—Tal vez si me dices si esto es tuyo... —dije, echando mano del bolsillo de mi pantalón.

—¡Quieto! —Ladró Edna.

—¡Esto no es más que un truco para sorprendernos, Edna! —advirtió Fess, mirándonos desconfiadamente—. ¡Acabemos de una vez!

—Sí —estuvo de acuerdo ella—. Vayamos a los que nos interesa. Ya resolveréis vuestro problema en otro momento..., tal vez en el más allá —agregó con malicia en sus pupilas.

—¡Edna! —gritó Sam MacAlister—. ¿No irás a matarme? Tú y yo...

—Eso quedó atrás, Sam. Demostraste que yo no significaba nada para ti.

—¡No, Edna! —Se puso en pie, realmente asustado al ver la clara decisión de ella, apuntándole ya.

—Hay una posibilidad de salvación.

—¿Cuál?

—Dinos dónde has de reunirte con tus contactos, con esos peristas.

—Si te lo digo me matarás.

—Has de confiar en mí. Desde luego, si no hablas, vas a morir. Y no de una forma muy agradable. Esta pistola lleva silenciador. Nadie escuchará los disparos. Puedo divertirme haciéndote unos cuantos agujeros por distintas partes del cuerpo, sin herirte mortalmente, para que sufras... ¿Qué te parece? —comenzó a curvar el dedo índice sobre el gatillo.

Yo les miraba fijamente, por si se presentaba la ocasión, pero Fess Elmore no nos quitaba ojo.

—Me esperan cerca de aquí —dijo desesperadamente Sam

MacAlister—, en el Pelham Bay Park, bajo el cruce de autopistas.

—¿Quiénes?

—Son dos. Se llaman Clarke y Bronson.

—Gracias, Sam —sonrió de un modo inequívoco.

—¡No, Edna, no!

El joven vio que iba a disparar y se lanzó suicidamente sobre ella, queriendo desviar su brazo armado. Inevitablemente sonó el disparo.

Pensé que era el momento, la gran oportunidad, el cañón de la pistola de Edna estaba cubierto en aquel instante por el cuerpo de Sam MacAlister, quien a pesar del balazo recibido forcejeaba con ella. Fess Elmore desvió la mirada unas fracciones de segundo, vacilante, no sabiendo si echarle una mano a su compañera...

Aproveché para lanzar mi pierna derecha y darle una soberana patada a su mano armada.

Fess Elmore gritó, al mismo tiempo que la pistola salía por los aires y Edna Green conseguía quitarse de encima al herido y ya medio desfallecido Sam MacAlister, dispuesta a rematarlo.

Empujé a Fess Elmore contra ella en el momento que apretaba el gatillo otra vez. Así conseguí salvar la vida al joven Sam MacAlister y ganar unos preciosos segundos para atrapar la pistola de Elmore.

Les apunté.

—¡Se acabó el juego, amiguitos!

Fess Elmore soltó una obscena maldición. Su compañera tenía aún la pistola empuñada, pero el cañón apuntando al suelo.

—Si la levantas, no dudaré en disparar —advertí.

Me miró a los ojos y se convenció de que hablaba en serio. La soltó diciendo:

—Tú ganas, tigre.

—Así está mejor. Id a ese rincón.

Obedecieron.

—Sharon, coge la otra pistola. Ve al edificio principal y avisa al encargado, que llame a la policía y a una ambulancia. Y que venga gente a ayudarme para vigilar a esta pareja. No quiero que se escapen.

—Sí, Jim.

Por primera vez nos llamábamos por nuestros nombres sin apenas darnos cuenta.

Miré al herido Sam MacAlister, tirado en el suelo, retorciéndose con las manos apretadas al estómago. Por entre sus dedos fluía un reguero de sangre.

Cuando llegaron los empleados del motel, pude atenderle.

—Me duele... mucho... —se quejó.

—Ahora en seguida vendrá la ambulancia, chico.

—Voy a... a morir.

—No, tranquilo.

Había comenzado a sudar y su rostro se contraía en una mueca de dolor.

—Me gustaría que me aclararas una cosa —le mostré el papel que llevaba conmigo—. La persona que cometió el robo del bolso perdió esto. ¿Lo reconoces?

No necesitó mirarlo mucho.

—Sí..., claro...

—Entonces, ¿es tuyo?

—No. Es de un amigo... Lo hicimos el sábado pasado... tras la semifinal... nos picamos... y cruzamos una apuesta... de veinte dólares... Rompimos por la... la mitad uno de... de los papeles... y cada uno apuntó la... la fecha de la final... el nombre del otro y... y la cantidad... Eso es de él... Ya ni me acordaba... de la apuesta... ¿Qué... qué son veinte dólares... con... con lo que tenía... en la maleta...?

—¿Ese amigo es Ronald Mavis?

—Sí, él —asintió, y se desmayó.

CAPÍTULO XI

Primero vino la policía, agentes de uniforme y de paisano, y hubo que repetir la historia cien veces, dando toda clase de explicaciones. Después llegó la ambulancia y se llevó al herido e inconsciente Sam MacAlister, mientras un grupo de polis se trasladaba al lugar de la cita con los peristas y comprobaba si aquello era cierto. Resultó, porque media hora más tarde lo comunicaron por radio. Entonces, los que quedábamos allí, nos montamos en los coches —de mi moto se hicieron cargo unos patrulleros— y nos trasladamos hasta las afueras, al sitio donde aseguraban los implicados que habían enterrado al desafortunado Buck Barton.

Fueron unos penosos y desagradables minutos, sobre todo para Sharon. Tras cavar con unas palas en el lugar indicado, pronto apareció el cuerpo, con los primeros síntomas de la corrupción. Sharon tuvo que soportar el trago de echarle una ojeada y dar un amargo y doloroso asentimiento con la cabeza. Ahí se puso otro punto final.

Nuestro próximo traslado fue al Pólice Department, donde prestamos declaración jurada y firmamos. Menos mal que tuvieron la deferencia de ofrecernos unos emparedados y un café porque llevábamos horas sin probar bocado. Yo ni siquiera sabía la hora que era.

Por allí apareció al poco el dueño de la compañía joyera para la que trabajaba Buck Barton, un hombre alto y elegante, de mediana edad, quien no podía negar su alegría. Se excusó con Sharon, asegurando que él nunca había creído la teoría de la policía y que estaba a su entera disposición. Respecto a mí, al saber cómo había intervenido en el asunto y en qué situación me encontraba, me ofreció un empleo adecuado a mi anterior función: agente de

seguridad en su compañía. No quise desaprovechar la ocasión — prefería eso que continuar con las investigaciones privadas— y tomé una de sus tarjetas, prometiendo visitarle próximamente para llegar a un acuerdo.

Por fin quedamos solos Sharon y yo, tras indicarme que mi moto se hallaba a mi disposición en el parque móvil de la policía. Fuimos y le propuse llevarla a casa, cosa que ella aceptó.

Sharon se encontraba muy triste y meditabunda. Había limpiado la memoria de su hermano, pero también había descubierto una cruel realidad: ya no volvería a verle más.

—Todo terminó —musitó como despedida, a la puerta de su casa.

—Sí —asintió.

—Creo que aquí acaba nuestra relación. ¿Cuánto le debo, señor Randall?

—Pensaba que ya éramos amigos. Mi nombre es Jim.

—Cierto, Jim —forzó una sonrisa—. Y...

—Del dinero hablaremos otro día, si le parece, con más calma.

—Bueno.

—Así podremos seguir viéndonos.

—Como guste.

—Entonces, hasta pronto —alargué la mano y estreché la suya—. Ya la llamaré, Sharon.

Dio media vuelta y desapareció de mi vista. Pensativo monté en la moto y emprendí nuevamente camino hacia el Bronx. Tenía que darle cuenta del resultado definitivo de mi investigación a Linda Garrett, mi clienta.

Por un momento estuve a punto de buscar a Ronald Mavis, pero lo deseché, ni sabía dónde trabajaba ni creía ético intervenir por cuanto ella, Linda Garrett, no me había contratado para eso y sería entrometerme.

Ella misma me abrió la puerta. En esta ocasión estaba sola y se alegró de verme. A veces tenía la impresión de estar tratando con una niña crecidita. Linda Garrett era indudable que atravesaba una edad de transición, puente.

—Oh, Jim, ¿cómo estamos? —Se abrazó a mí, cariñosa—. ¿La visita es por mí o por el trabajo?

—Por ambas cosas.

—Eres un cielo. Pero dime, ¿qué has averiguado? —se interesó de inmediato.

Pasamos al interior y tomamos asiento sin que ella se despegara de mí.

—Cuéntame, no me tengas sobre ascuas.

—Ya sé quién fue.

—¿Sí? —Fue casi un grito.

—Sí.

—¡Eso es magnífico! —Brillaron sus hermosos ojos oscuros—.

¿Sam MacAlister?

—No. Otro.

—¿Cómo es eso?

Se lo expliqué en breves palabras, incluyendo de paso el asunto de las joyas.

—¡Diablo, sí que ha sido emocionante! —exclamó después.

—Muy emocionante —repuse, haciendo una mueca.

—¿Quién es ese Ronald Mavis?

—No sé mucho de él. Trabaja como almacenista no sé dónde y tiene como novia a la hija de un pastor evangelista. No lo he tratado mucho, pero no me parece un mal muchacho.

—La gente suele engañar a primera vista.

—A veces. Pienso que cuando hizo eso debía atravesar un mal momento y estar desesperado.

—Posiblemente. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—La verdad es que con todo el lío de las joyas no me he preocupado de obtener más datos sobre él. De todas formas, por la hora que es, lógicamente le encontrarás en la discoteca. Suele acudir allí cuando acaba el trabajo, y hoy con más razón, pues ha de intervenir en la final del concurso de baile *rock* celebrado en homenaje a Elvis Presley.

—Estupendo. Le veré allí. ¿Cómo es él?

Se lo dije, agregando:

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario.

—Tal vez tengas problemas.

—Sabré arreglármelas sola.

—A lo mejor el chico reacciona violentamente.

—Esa clase de pandilleros sólo quieren dinero para sus vicios.

Yo no pienso regatearle.

Le daré lo que pida.

—Está bien —me encogí de hombros.

Ella se desprendió de mí y dijo:

—He de pagarte lo convenido.

Abrió un cajón del armario y sacó unos billetes. Me ofreció mil dólares.

—Esto no fue lo convenido —dije.

—Es igual. Te lo mereces, Jim.

—Pero es demasiado.

—Eres un gran tipo y no sabes cuánto lamento lo que te pasó por mi culpa en la empresa, como también siento que tuvieras jaleos con esos jóvenes atracadores y asesinos. Espero que con ese dinero puedas reiniciar tu vida.

—Ya me han ofrecido trabajo.

—¿Sí?

—En la compañía joyera, como agente de seguridad.

—Me alegro.

—Creo que...

—Acéptalo, por favor.

Me puse en pie y lo tomé.

—Gracias.

Linda se alzó de puntillas y me dio un beso en los labios. Yo la retuve entre mis brazos, mirándonos fijamente a los ojos.

—Linda...

—Jim...

Le acaricié los ondulados cabellos castaños. Ella me sonrió y fue muy valiente al abordar de frente el tema.

—Fue muy hermoso lo de anoche, pero lo nuestro no resultaría. Los dos lo sabemos.

Pertenecemos a mundos distintos.

—Pero...

—Piénsalo detenidamente.

—Sí.

Poco a poco se separó de mí, aunque creí ver en sus pupilas un sentimiento contrario a lo que estaba haciendo, o tal vez fue una apreciación mía para engañarme a mí mismo.

Lo cierto es que se alejó de mí como un sueño.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias. He de irme.

—Como quieras.

—Linda.

—¿Si?

—Caso de que tuvieras algún problema con el chico, avísame.

—Nada pasará. Sé cuidarme.

—Aquel día...

—Me cogió de sorpresa. Sé cuidarme cuando estoy prevenida. Además, estoy segura de que zanjaré el asunto rápidamente.

—Bien —me encontré un poco violento, sin saber qué decir, cómo debía ser una despedida de aquel tipo, algo que pusiera punto final a una breve e intensa historia de unas cuantas horas—. Me voy.

Ella me acompañó hasta la puerta. Durante ese breve espacio de tiempo fui diciéndome que Linda tenía razón y que no debía darle más vueltas a nuestra relación.

—Hasta siempre, Jim.

—Adiós, Linda.

Fue una despedida sencilla y emotiva. Me metí las manos en los bolsillos de la chaqueta y di media vuelta, alejándome hacia el ascensor. No volví a mirar hacia allí hasta que me introduje en la cabina, y para ese entonces ella ya había cerrado la puerta.

Cuando salí a la calle, me sentí solo y deprimido. Por un lado entendía perfectamente la situación, ni yo mismo estaba seguro de quererla, pero... pero tal vez estaba demasiado reciente lo de la noche pasada y eso me cegaba. El tiempo daría o quitaría la razón.

Subí a la moto y me alejé sumergiéndome en el abundante tráfico rodado del anochecer.

El Bronx, sus calles, sus edificios, todo me pareció sucio y sórdido, no sé por qué, e instintivamente fui bajando hacia Manhattan, tras atravesar el no menos deprimente Harlem.

Sin saber cómo, me encontré frente a la casa de Sharon Barton. Ella también debía hallarse sola y triste. Tal vez pudiéramos consolarnos mutuamente.

—Señor Randall —se sorprendió al verme.

—Jim —la rectifiqué.

—Oh, sí —sonrió levemente—. ¿Cómo usted por aquí?

—La verdad es que me encuentro un poco aburrido. Ya he terminado mi trabajo.

¿Puedo pasar?

—Desde luego —abrió del todo la puerta y me franqueó el paso. Ella ya no vestía las ropas de calle, únicamente se cubría con un batín azulado.

—¿Estaba ya acostada? Lamentaría haberla molestado...

—No. No podía dormir.

—Entiendo.

—Trataba de abstraerme leyendo.

Llegamos hasta el *living* y ella comentó:

—Siempre nos vemos más pronto de lo esperado, ¿no?

—Sí. Es verdad.

—Me ha cogido tan desprevenida que... tendrá que admitirme un cheque.

—Por favor, no he venido a eso.

—Oh.

Los dos permanecíamos de pie, cara a cara.

—Pensé que se encontraría sola y algo atormentada. Pensé que posiblemente le agradaría un poco de compañía.

—Es usted muy amable.

—De todas formas, si prefiere estar sola...

—No. Siéntese, por favor.

Lo hice. Ella permaneció de pie, cruzó los dedos de las manos, un poquito nerviosa, y dijo:

—¿Ha cenado?

—No.

—Prepararé una cena para dos, ¿eh?

—¿Y por qué no vamos a cenar fuera? —sugerí—. Usted necesita un poco de ambiente.

¿Qué le parece?

—Pues...

—Ande, hágase el ánimo. Arréglese.

Me miró, dubitativa.

—De acuerdo —accedió al fin.

Me quedé fumando un cigarrillo. Ella regresó al momento, vestida con un traje de chaqueta verde que realzaba su belleza. Apenas había usado maquillaje, manteniendo un acusado atractivo.

—Está muy guapa —dije.

Ella me sonrió.

Escogimos un céntrico y elegante restaurante ni muy lejano de allí, para no tener que usar la moto. Tenía dinero y pensé que era una buena forma de gastarlo, cenando y tratando de animarnos los dos.

—Toda aquella parte está reservada, señores —nos indicó el *maître* cuando Sharon iniciaba el camino hacia allí—. Estamos esperando a un grupo de médicos ginecólogos que han celebrado una jornada de trabajo y van a venir a cenar...

No objetamos nada. Sharon escogió una mesa situada en un rincón, algo alejada de las demás. El *maître* nos entregó la carta y nos deseó buen provecho, dándole seguidamente la orden a un camarero para que nos atendiera.

Seleccionamos un menú a base de pescado y vino para acompañar.

—Pensarán que no somos buenos clientes, dado lo poco que hemos pedido —comenté.

—No tengo mucha hambre.

—Yo tampoco.

—¿Qué piensas hacer, Jim, aceptará el trabajo en la compañía joyera para la que trabajaba mi hermano?

—Hum, Posiblemente. Por ahora no tengo otra oferta. Y necesito trabajar, pues he de seguir pagando letras.

—Como todo el mundo.

—Y a usted se le han acabado las vacaciones, ¿no?

—Desde luego. Pedí unos días para investigar lo de mi hermano. El lunes me reintegro al trabajo cotidiano. Van a ser difíciles las primeras semanas. Buck y yo estábamos bastante unidos, nos solíamos ver con frecuencia. Ahora... —Apretó los labios, la nostalgia en sus ojos verdes.

—La entiendo —deposité instintivamente una mano sobre la suya—. Si me permite, yo podría visitarla. Saldríamos como ahora, ir a pasear, al cine...

Ella me miró fijamente.

—Bueno —intenté rectificar—, tal vez haya sido un atrevimiento por mi parte.

—No. Le estoy muy agradecida, Jim. Acepto su compañía muy

gustosa.

—Gracias.

—Incluso creo que podríamos tutearnos, ¿no?

—¡Desde luego! —exclamé—. ¡Parecíamos los dos protagonistas de una novela de los años cincuenta!

Ella rompió a reír con estrépito, borrándose toda la pena de su rostro.

Justo entonces, mientras ella continuaba con sus risas, yo observé por encima de su hombro la entrada en el restaurante de un grupo formado por media docena de hombres, todos ellos cincuentones, muy elegantes y pulcros. Me fijé más de lo debido porque creí reconocer a uno de ellos. Cuando lo tuve más cerca, confirmé mi sospecha.

¡Era Amos Clanton, el médico de Linda Garrett!

Recordé entonces las palabras del *maître*. ¿Un ginecólogo? El también se fijó en mí y yo aproveché para hacerle una seña. A continuación, llevado por un impulso de curiosidad, me puse en pie y fui hacia él.

—¡Jim! —llamó Sharon.

—Ahora vuelvo.

Amos Clanton también vino hacia mí, encontrándonos a mitad de camino.

Nos estrechamos la mano fuertemente.

—¿Qué hay, señor...?

—Randall.

—Ah, sí. Jim Randall —sonrió—. Amigo de Linda.

—Exacto. Tiene buena memoria. Y usted es Amos Clanton, su médico.

—Tampoco a usted le fallan las neuronas.

Estaba de buen humor y pensé que sería fácil sonsacarle.

—Celebro verle.

Miró hacia Sharon con mayor detenimiento.

—Pensé que estaría con Linda...

—De ella me gustaría hablarle —aproveché la oportunidad que me brindaba—. Linda me tiene algo preocupado, parece no encontrarse muy bien.

—Atraviesa un momento difícil. Necesita ayuda y comprensión. Perdió a su madre hace años y su padre es un hombre duro y

atareado que no le hace mucho caso.

—Ya. ¿Usted es ginecólogo, no?

—En efecto.

—¿Y qué tiene que ver con ella?

Frunció el ceño.

—Creí que lo sabía. Yo la traje al mundo. Fui el médico de confianza de su madre.

Ahora también recurrió a mí.

—¿Ahora? ¿Por qué?

Vaciló.

—Es importante, señor Clanton. Acláremelo.

—Lo haré con una condición.

—¿Cuál?

—Si es amigo de ella, ayúdela. Atraviesa un gran *shock*.

—Lo haré. Palabra. Pero ahora dígame el porqué.

—La otra noche sufrió una violación.

CAPÍTULO XII

Me acordé del problema existente entre Betty Foster y Ronald Mavis, de la fecha de su crisis, me acordé de la rara historia del robo del bolso con la carta comprometedora, me acordé del interés de Linda porque sólo se localizara al supuesto ladrón y que nadie la acompañara en su encuentro... Todo circuló por mi mente como rápidos *flashes* y el resultado final me estremeció.

Eché a correr locamente.

—¡Oiga...! —chilló Amos Clanton, sorprendido por mi inesperada actitud.

—¡Jim! —llamó Sharon, y su llamada me hirió porque odiaba empezar nuestras relaciones de aquella forma tan grosera, dejándola plantada con la cena, sin darle explicación. Pero había prometida ayudar a Linda, y no sólo eso, debía evitar la tragedia que presentía.

Llegué a la discoteca Coco cuando se encontraba en pleno apogeo, después de haber cruzado Manhattan y Harlem como un suicida motorizado. Se respiraba un gran ambiente de fiesta en el local. Solamente estaba iluminada la pista central, luces de distintos colores, unas fijas, otras intermitentes, jugando con la misma música. Alrededor de la pista se agolpaba todo el mundo, gente joven mayormente, unos silbando, otros jaleando, al concursante de aquel momento, el cual se movía al ritmo frenético que marcaba el famoso *rock* de la cárcel del llorado Elvis Presley.

Precisamente el que actuaba era Ronald. Mavis.

Tuve que reconocer que bailaba de una forma excelente, con una agilidad y estilo asombrosos. No pude evitar un suspiro de alivio al encontrarle con tan maravillosa vitalidad. Le chillé, pero no me oyó. Miré desesperadamente hacia todos lados, pero no vi a

Linda Garrett. Pensé que tal vez no habría llegado, aunque se me hacía muy difícil creerlo porque había tenido mucho tiempo por delante.

Me abrí paso a codazos entre el gentío embelesado, contagiado por el frenesí de Ronald Mavis. Vi a Betty Foster en primera fila, era la que más chillaba apoyándole.

Alcancé la pista central de la discoteca justo en el momento en que cesaba la música. El público asistente estalló en una gran ovación. Ronald Mavis todavía continuó contorsionándose unos instantes y luego, ante el asombro general, se fue arrugando hasta derrumbarse sobre el centro de la pista, entre luces amarillas y rojas.

Fui el primero en saltar junto a él, mientras se hacía un silencio sepulcral. Le di la vuelta temiendo lo peor. Me encontré con sus ojos vidriosos y su boca entreabierta, con un hilillo de sangre surgiendo por la comisura. Pronto distinguí los dos rosetones del pecho.

Estaba muerto.

Los disparos, entre la fuerte música, no habían llegado a distinguirse. Por inercia había continuado moviéndose hasta perder totalmente las fuerzas. La gente comenzó a comprender. Hubo chillidos de histeria y pronto todo el local se convirtió en una especie de manicomio, en cuanto alguien chilló que un asesino andaba entre ellos.

Yo sabía quién era el asesino.

Miré hacia todos lados, por encima de cuantos me rodeaban, mientras Betty Foster llegaba junto al muerto y se ponía a gritar desgarradoramente. De pronto me fijé en la cabina del *disc-jockey*. Vi un movimiento extraño y también me pareció apreciar una nubecilla de humo aún flotante, una especie de hilacho blanco que de allí brotaba.

Subí por las escaleras oyendo todavía los chillidos desesperados de Betty Foster. Vi a un hombre tirado en el suelo, inconsciente.

Y a ella dentro, sentada, con el arma en la mano.

—Tenías que ser tú el primero en llegar —suspiró. A pesar de todo, tenía aspecto de derrotada—. ¿Ves como no podía ser lo nuestro? Te engañé, te utilicé —las palabras fueron como cuchilladas—. El me atacó la otra noche, estaba como loco, bebido.

Me golpeó y me violó. ¡Cerdo!

Me alargó el arma.

—Todo ha terminado, ahora sí —agregó con un susurro.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.

Notas

[1] Para siempre Elvis. < <